

FBI

ANGELO & TARTURIS



ANGELO DE TARTURIS

**¡WARREN
ATACA!**



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1958
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

100. Yo, Director del F. B. I. (1).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
222. Aprendiz de policía (30).
225. Muerto en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
230. Uno contra todos (28).
232. Oscura traición (41).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
238. El triunfo del bien (42).
240. Los sospechosos (40).
244. Puente de traidores (17).
249. Un caso policiaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
257. Última pena (5).
260. El astuto Rubén (40).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (28).
264. Callejón sin salida (5).
267. ¡Pánico! (4).
268. La banda de los buhos.
270. Inspector especial (42).
272. Tres muertos para tres (48).
273. Huyendo del pasado (30).
274. Manos sucias (4).
275. El elefante blanco (49).
276. Al margen del deber (21).
277. Al servicio de la Ley (42).
279. Tres ramas de un mismo tronco (3).
281. El fiscal asesinado (9).
282. Valija diplomática (30).
283. Misterios de Chicago (4).
284. ¡Expulsado! (37).
285. Diamantes rojos (42).
288. El último asalto (30).
290. La muerte al volante (45).
292. Gray Street (47).
297. Cuando la ciudad duerme (5).
298. Dakin «el Guapo» (42).
300. National 71177 (21).
301. La amenaza de Morris (4).
302. Yo te defiende (28).
303. El humo llevaba sangre (9).
310. Sobre un hombre (21).
311. ¡Yo no lo maté! (44).
312. Duelo en las sombras (28).
313. Falsa coartada (30).
314. Rehenes (4).
315. Noche sin amanecer (5).
316. El inspector Dirac investiga (42).
317. Exterminio (30).
323. El renegado (5).
324. El testigo amordazado (3).
325. Por la espalda (44).
326. Ayer fui asesinado (4).
327. De cebo, un «gangster» (28).
328. Barrera de odio (42).
329. La caza de Bucky (5).
330. Happy sabe cumplir (17).
331. Doble enigma (30).
332. Acusa el testigo (21).
333. El «boss» está servido (4).
334. El robot y la muñeca (37).
335. El castigo del mal (42).
336. ¡Y no soy culpable! (3).
337. Niebla en el pasado (28).
338. Chantaje en Tokio (50).
339. ¡Logan vuelve! (30).
340. Ella y el «gangster» (17).
341. La bestia (5).
342. Descenso al abismo (37).
343. Tras el telón de bambú (51).
344. El verdugo soy yo (4).
345. Ha muerto un valiente (17).

346. El pequeño «aseso» (23).
 347. Amarga victoria (28).
 348. Una gota de sangre (21).
 349. Trágica obsesión (42).
 350. «Gangsters» de ring (5).
 351. La novia se viste de luto (41).
 352. Pistolerero de hielo (28).
 353. Batida en el arrabal (52).
 354. Destino implacable (3).
 355. El loco (42).
 356. Ex agente especial (23).
 357. Bajos fondos (30).
 358. Espera desesperada (4).
 359. Por encima de todo (17).
 360. Músculos y cerebro (53).
 361. Con bandera falsa (8).
 362. La muerte suelta la presa (28).
 363. Esclavos del delito (23).
 364. Desafío a la muerte (41).
 365. Sin miedo (5).
 366. Canal sangriento (23).
 367. Sepultado entre llamas (40).
 368. Mi cabeza está en juego (4).
 369. A zarpazos (17).
 370. Máscaras del delito (28).
 371. Huracán de odios (40).
 372. Secuestrados en el infierno (52).
 373. «Magnum» contra «Luger» (5).
 374. Hampa internacional (35).
 375. Testigos: mis ojos (4).
 376. Veinticinco encarnado (54).
 377. La prueba de fuego (4).
 378. La búsqueda silenciosa (3).
 379. Rumbo a la muerte (44).
 380. Tú eres el asesino (21).
 381. Puerto de Nueva York (9).
 382. Cruel alternativa (5).
 383. Corrupción (4).
 384. Momento decisivo (33).
 385. Acepto tu reto (28).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|----------------------|
| (1) Alf Manz. | (22) Dana Yonell. | (40) Herman Tell- |
| (2) Fred Baxter. | (23) Al Gallard. | gon. |
| (3) Frank McFair. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cunt- |
| (4) Eddie Thorny. | (25) Josep Tell. | ler. |
| (5) O. C. Tavin. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (6) Alar Benet. | (27) Lou Dark. | son. |
| (7) A. G. Murphy. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (8) Lewis Haroc. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William- |
| (9) J. L. Martyn. | son. | son. |
| (10) Jack Brooklyn. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones. |
| (11) Thomas Settee. | (31) Sand Burt. | (46) Richard Har- |
| (12) John Nebot. | (32) Joe Greig. | vey. |
| (13) Thomas Wan- | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| ton. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (14) F. N. Graw. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (15) Robert Deaf. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (16) Alan Carson. | man. | mery. |
| (17) Alu Cortroa. | (37) Angelo de Tar- | (51) M. Saavdrovich. |
| (18) Jack Grey. | turis. | (52) F. Spey. |
| (19) Edgar Ford. | (38) Gary Belsan. | (53) A. River. |
| (20) Andre O'Sun. | (39) Paul Coster. | (54) Rufus Noss. |
| (21) Fel Marty. | | |

*Un espiq bien situado vale por
veinte mil hombres en el campo de
batalla.*

NAPOLÉÓN.

PRÓLOGO

Cuando Frank penetró en el salón, la orquesta de color lanzaba al aire los frenéticos compases de un mambo.

Buscó entre los bailarines la figura alta y esbelta de Sylvia. Le repugnaba acudir a la fiesta y se había retrasado ex profeso; ahora temía encontrar a su novia en plena danza, agitando el cuerpo escultural en aquellas contorsiones grotescas.

Aunque era joven aún, pues no pasaba de la treintena, el hombre había renunciado mucho tiempo atrás al estrepitoso desenfreno de la juventud. Consideraba la vida desde un punto elevado, tal como si la contemplara en plan de espectador aislado, pasajero de un satélite artificial.

«Pareces estar siempre en una nube, o caer de la luna», le había dicho Sylvia en repetidas ocasiones, mostrando agudeza, ya que no seriedad.

Así parecía, efectivamente. Frank gustaba de considerarse a sí mismo un estudioso, ávido de cazar los pensamientos humanos.

En realidad, su profesión lo exigía.

Como el médico debe estudiar las reacciones físicas y morales de sus presuntos enfermos, el joven necesitaba calar hondo en la psicología de cuantos le rodeaban, temiendo y esperando siempre lo peor de ellos. Le habían enseñado a hacerlo en una «escuela» que no era precisamente de párvulos.

A pesar de su presentimiento, no encontró a Sylvia hundida en aquella caricatura de danza, en las contorsiones epilépticas del mambo. La divisó, al fin, en un rincón del local —generosamente cedido por los padres de la muchacha en obsequio de sus amistades— y rodeada de una alarmante mayoría de varones. La cortejaban tan solícitos y pegajosos como las moscas.

Con un «Dispense», un «Usted perdone» y algún que otro codazo más enérgico y menos diplomático, Frank atravesó la turbamulta de

bailarines y se dirigió en busca de su novia.

Ella le vio acercarse desde lejos y, en justicia, supo zafarse de inmediato de sus galanteadores, aunque alguno de éstos, más pertinaz, siguiera el rastro juvenil como un sabueso.

—¡Querido...! —exclamó la bella, avanzando con los brazos tendidos hacia el joven.

Había estado con él aquella mañana, y lo recibía con la misma ansiedad que si acabase de llegar de un largo viaje. Tal y como si hubiera luchado durante meses para escalar las cimas hostiles del Everest o si regresara de investigar un terremoto en las costas de Grecia.

Frank, enamorado y todo, rechazó aquellos aspavientos sobriamente.

—No parecías estar muy desesperada por mi tardanza —dijo al fin, lanzando un bufido que tuvo la virtud de alejar al admirador de su novia—. Aprovecha tu afectuosidad, porque vengo a decirte ¡hola!, y adiós.

—¿Es que te marchas de nuevo? —preguntó la joven, sin demostrar mucho sentimiento.

En realidad, estaba plétorica de optimismo. Sus mejillas, tersas y bronceadas, mostraban un sonrojo que vencía el color de la piel. Sus ojos, verde esmeralda, parecían dos piedras preciosas sumergidas en agua.

—¡Has vuelto a beber, Sylvia! —dijo él, adusto—. ¡Eres incorregible!

La voz de la joven morena sonó, musical, como un deleite para el oído. Había mi velado reproche en su acento:

—Pareces haber olvidado —susurró— que celebro hoy el veinticinco aniversario de mi nacimiento. Todos estos muchachos — y su mano pareció abarcar a los reunidos en la inmensa habitación — han venido a complimentarme. ¿Crees que hubiera sido mejor recibirlos de uñas, y servirles un concierto de cámara? Ellos no quieren saber nada de tristezas, y la mayoría acaba de colgar sus uniformes militares. ¡La única que debía estar triste soy yo, por dos motivos!

—¿Cuáles? —preguntó Frank, intrigado a su pesar.

—El primero —contestó la simpática y dinámica belleza—, porque estabas ausente. Y el segundo, no menos trágico para mí,

porque estoy haciéndome vieja. ¿Has recapacitado, amor, que tengo ya un cuarto de siglo?

Mientras decía así, la joven empujaba de un brazo a su prometido, a través de la crujiente grava de un paseo que se adentraba por los jardines.

A lo lejos se oyó el canto de un ruiseñor.

—No lo olvidé, Sylvia. Precisamente te traigo un obsequio. ¡Y voy a dártelo, para que te acuerdes de mí!

Llegaron a sentarse en el banco de piedra de una glorieta. Delante de ellos había un surtidor, que lanzaba un chorro líquido para recogerlo de nuevo en el amplio pilón.

Sylvia miraba a su prometido con verdadero interés amoroso, pero había una sonrisa pícara en los ojos que no conseguían reflejar la seriedad. Frank sacó del bolsillo un estuche alargado y se lo dio a su novia, con sencillez.

—No me digas lo que es —atajó la muchacha, simulando reflexionar—. Tal vez una pulsera, o... ¡Ya sé! Un reloj de brillantes.

—Lejos le andas, Sylvia —contestó el joven, reprimiendo una sonrisa—. Claro que eres amiga de enigmas y de forzar la imaginación. Abre el estuche y mira el regalo, sin dejar volar tu fantasía. ¡Basta oprimir —terminó, irónico— ese pequeño resorte!

—Pero es que tú ignoras, Frank, que hay algo en la vida que merece saborearse: ¡el romanticismo! Mira ese surtidor, y esas estrellas... ¿No te dicen nada?

—Pues sí. Me dicen que debo marcharme al momento, si no quiero perder el tren. Te acompañaré de nuevo a tu casa, ya que no deseas contemplar mi modesto obsequio.

Sylvia tomó un brazo de su novio. Inclinandose sobre él, rozando casi con sus labios el rostro varonil, le dijo:

—¡Siempre la condenada prisa! ¿Sabes lo que significa para mí el ruido del surtidor al rebotar el agua? Son carcajadas, Frank; pequeñas y juveniles risas que te ponen en ridículo. Mira las estrellas... ¿No las ves cómo parpadean y guiñan sus ojos con malicia? ¡Se están riendo también de ti, Frank, por tu seriedad y ese modo absurdo de ver las cosas! Vámonos a casa, si te empeñas, y después... ¡vete al diablo!

Sin hacer caso del obsequio, que guardaba en la mano, la joven desanduvo el camino, desdeñando el encanto de la noche y

haciendo oídos de mercader a las canciones nocturnas de las aves. ¡Ya no le interesaban!

A la entrada del salón de baile permitió a Frank que tocara por unos momentos su mano fina y sedosa, y luego contempló en silencio los pasos viriles que se alejaban hacia su destino.

Antes de abrir el estuche del regalo meditó.

Cierto que Frank Warren era un agente federal, y que debía atravesar por la vida con un pesado bagaje de preocupaciones. Había pertenecido durante la pasada contienda a la Militar Póliza, y actuó con talento y tenacidad frente a poderosos enemigos.

Después, como un corolario inevitable, ingresó en el Federal Bureau of Investigation, y ocupaba en el poderoso organismo un cargo de responsabilidad. ¡Las misiones más difíciles le eran confiadas siempre!

No es menos cierto que la vida necesita y exige compensaciones. Un hombre no puede convertirse en máquina, lo mismo que un «robot» no puede llegar a humanizarse, por mucho que lo perfeccione su inventor.

Sylvia no pretendía apartar a Frank de su deber, sino de la obsesión de considerarse constantemente en plan combativo. Bien estaba que partiese hacia una tarea peligrosa y que en ella sufriera una serie de avatares trágicos, pero al regresar sano y salvo, por la divina clemencia de Dios, era justo que el valeroso y activo agente recordase que «también tenía corazón».

Antes de penetrar en la enorme sala, reclamada a voces por sus amistades, la joven abrió el estuche que contenía el regalo. Lo contempló durante breves momentos a la luz que rebosaban los ventanales, y luego lo guardó, con un suspiro, en el diminuto bolsillo, que semejava un pliegue sobre el vestido de noche.

—Lo que pensaba —murmuró—. Mejor aún: ¡mucho más práctico y horrible de lo que yo creía!

Lo que la joven había guardado, con un comentario tan poco cordial para el ausente, reflejaba el carácter de Frank. Al mismo tiempo, confirmaba sus palabras ante el surtidor, con una ironía sangrienta.

No lo olvidaría, no; el regalo era una perenne remembranza durante su ausencia.

Se trataba, simplemente, de una pluma estilográfica. Eso sí, una

magnífica pluma fuente, «que le serviría para recordarle» cada vez que la empuñara. ¡Aunque tuviese que mojarla en veneno!

«O en “*whisky*”», resolvió la muchacha, siguiendo la ruta de sus pensamientos.

Sin más dilación se dirigió al encuentro de sus amigos.

No fueron jóvenes, precisamente, los que pudieron cantar victoria ante la ausencia del rival. Fué un hombre de cierta edad, serio y abstraído, el que acaparó durante el resto de la noche la atención de la muchacha.

La simpatía y encanto de Sylvia lograron al fin, después de insistente forcejeo, que el invitado, gran amigo de la casa, accediera a sus deseos.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

P u b l i c a :

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY

I



RANK Warren vio perderse en la lejanía las luces de Pensylvania.

Aunque Sylvia le creía poco propenso a expansiones sentimentales, no dejó de asociar aquellos puntos parpadeantes al recuerdo de la joven. No era preciso elevar los ojos al cielo para contemplar las estrenas. Debajo del avión de pasajeros, como dándole un adiós mudo y elocuente, cientos de luminarias le acompañaban al emprender el vuelo.

Después, quedaron la mayoría absorbidas en la distancia, restando solo las más potentes: los astros fijos y de primera magnitud.

Si recordar es volver a vivir, partir significa siempre morir un poco...

Era así en aquella marcha hacia la lejana Inglaterra, donde el joven comprendía, por informes y presentimientos, que debía enfrentar a un poderoso enemigo. Un suspiro agitó el pecho del viajero al pensar en la deliciosa e inconsecuente joven a la que abandonó de modo tan abrupto.

Frank utilizaba siempre que podía uno de los últimos asientos del vehículo usado, ya fuese el avión, como en aquel momento, o se desplazase en tren, «buss» o modesto tranvía. Incluso cuando penetraba en un restaurante público, o cuando asistía a una proyección cinematográfica, buscaba lugares estratégicos, por dos motivos: el primero, fundamental y aconsejado por la prudencia, era resguardar sus espaldas, siempre amenazadas. Luego, le guiaba el deseo de observar desde un ángulo preferente.

Su vida era continuo alerta en la milicia, un duermevela infinito y agotador. Si sus andanzas estaban pictóricas de aventuras —y el aburrimiento era para él una palabra vacía de significado—, no es menos cierto que el peligro le acechaba a diario, adoptando los más absurdos e insospechados disfraces.

En la mano de un amigo, en los labios de una mujer, incluso en el contacto con un familiar, solía encontrar cómplices la asechanza, y una de las virtudes de Frank era escarmentar a tiempo.

En aquel gigantesco «Skimaster
DC-4

», de la TWA, iba a pasar el joven cerca de medio día hasta llegar a las costas inglesas próximas a Liverpool, atravesando el Atlántico por la ruta del Canadá y la Isla de Shannon. Tenía tiempo suficiente para dedicarlo a repasar en su memoria los datos no escritos de su misión, y estudiar, desde su privilegiado observatorio, al resto de los pasajeros.

Sobre un océano de nubes, semejantes a copos de algodón de Virginia, aparecían de cuando en cuando, como islotes aislados, los picos y crestas de los Apalaches. Era imposible ver el otro mar, el azul y auténtico, a través de la maraña blanca. El sol centelleaba en el fuselaje del aparato, arrancando destellos a las aceradas aspas de sus hélices.

Dos horas después, cuando la azafata recomendó sujetarse los cinturones de seguridad, en previsión de los baches de aire del Gulfstream, uno de los viajeros respondió con evidente mal humor

al ruego. Ello le atrajo automáticamente la antipatía de Frank, no sólo por su actitud estúpida, sino por el rictus bestial de su rostro, que desentonaba en el conjunto del pasaje.

Quedó atrás el cabo oriental de Newfoundland, y apenas la costa americana se alejaba de la ruta de la aeronave cuando surgió el incidente. Fué el hombre incivil quien lo motivó.

Se levantó en dirección al cuarto de servicios y, por unos momentos, Frank pudo examinarle detenidamente a través de los ojos entornados. Se extrañó, aunque estaba habituado a no hacerlo nunca, cuando el desconocido se dirigió a él con un sonrisa que en vano trataba de hacer simpática.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! Usted es Bill Duncan, de Illinois.

Al decir así, una amplia manaza, parecida a la garra de un oso, se acercaba, espontánea, en un saludo. Frank no la rehusó, pero contestó con aire marcadamente receloso:

—Illinois es grande; tanto, que no le recuerdo. Esto no quiere decir, en modo alguno, que no le conozca; pero —añadió, como excusándose— soy mal fisionomista, si me da usted su nombre...

—Verá —contestó el otro—. Me llamo Fred Latymer, pero eso tal vez no le diga nada. Apenas ha cambiado usted, Duncan. Yo, en cambio, he sufrido mucho durante estos últimos años.

El pretexto para una conversación era baladí, estúpido; a la sombra de aquella falsa remembranza, el desconocido trataba de entablar contacto con Frank. Cada vez más animado, como si poco a poco fuese recordando incidentes en común, empezó a tutear al joven, y con maravillosa desfachatez ocupó el asiento vacío inmediato a él.

Warren le dejó hacer, sin perder un solo gesto de su interlocutor. Aparentaba estar confuso, como si, llamándose efectivamente Bill Duncan, tratara de recordar al hombre dinámico que estaba a su lado.

Que era un hábil prestidigitador se demostró cuando hizo acudir a la azafata, que brujuleaba alrededor de los pasajeros.

—¡Tomaremos dos «sherry-cobbler», como antaño! Tal vez eso te ayude a recordar, aunque siempre fuiste un despistado.

Y dirigiéndose a la joven, que ignoraba la fórmula de aquella bebida, le explicó:

—Mezcle un poco de «*brandy*» y ginebra en la coctelera, y reparta el contenido en dos vasos llenos de hielo machacado. ¿Verdad que es fácil?

Unos minutos más tarde, al aparecer la muchacha con una bandeja, en la que dos altos vasos mostraban su contenido ambarino, el desconocido tomó uno de ellos, y se lo alargó con gesto amistoso a Frank.

El hombre más avisado no hubiera podido notar, en su ademán, la acción de dejar caer en el interior del recipiente una pastilla incolora, que se mezcló, invisible, con el hielo finamente molido.

Ni siquiera Frank llegó a advertirlo, pero su innata desconfianza le hizo barruntar el peligro. Desde luego, la conversación artificiosa y pueril de aquel individuo no había logrado engañarle, y había que vencer su astucia con más astucia.

Tomó el vaso, olió el contenido como un perfecto catador, y lo aproximó a sus labios.

¡Iba a seguir la ficción!

De repente, cuando parecía haber bebido un trago de líquido —a pesar de tener los labios firmemente cerrados en el borde del vaso—, un golpe de tos, incontenible, nubló su rostro y le produjo violentas contracciones del diafragma. Frank se puso encendido, los párpados se le llenaron de lágrimas y parecía que iba a estallar. Aquella tos, inoportuna y detonante, no tenía trazas de acabar nunca.

El falso amigo del joven, que le observaba, se le acercó, solícito, pintado en el gesto una gran tribulación.

—¡Cuánto lo siento, Bill! ¿Se te fué por otro sitio?

Con la faz congestionada, sin dejar de toser, Frank sacó un pañuelo del bolsillo y se lo puso en el rostro. Aún permaneció algunos segundos en aquella actitud ridícula que, sin embargo, le garantizaba.

Al fin, como resignándose a lo inevitable, se levantó del asiento y avanzó, vaso en mano, hacia el cuarto de aseo.

Permaneció en él un tiempo suficiente para sacar de uno de sus bolsillos un librito de papel tornasol, una de cuyas tiras sumergió en el líquido. La sensible solución de que estaba impregnado el papel de control produjo una reacción negruzca, que demostraba el

peligro que había pasado.

Cuando volvió al lado de su «querido» amigo, éste terminaba su bebida, y le acogió con simpatía.

—¿Se te pasó? —preguntó, innecesariamente.

—Gracias al «sherry-cobbler» —mintió el agente—; pero no he quedado con ánimo de repetir.

El hombre de Illinois no dijo nada: había perdido aquella extraordinaria locuacidad que le animaba. Después de algunas frases insustanciales, simuló entregarse a un plácido sueño, que le duró exactamente hasta que el avión, luego de rebasar el inmenso foso del Atlántico, se dispuso a aterrizar en territorio Inglés.

Le había salido mal la jugarreta. El hombre a quien encargaron exterminar, con la recomendación fundamental de que no llegase vivo a Inglaterra, había demostrado ser más listo que él. La cápsula gelatinosa, que al disolverse en el alcohol no dejaba residuos y cuyo potente tóxico hubiera producido el efecto de un ataque cardíaco —desafiando la autopsia—, resultó inútil.

Ahora tenía que idear otro procedimiento para quitar de en medio a Frank Warren. ¡La poderosa organización a que el frustrado asesino pertenecía no toleraba el fracaso!

Además, tendría que luchar contra un rival alerta, y no sería pequeño el triunfo si conseguía eludir sus represalias. Reflexionando sobre ello, decidió que el mejor procedimiento para eludir el riesgo es abordarlo de frente, sin dar ocasión al joven de que le siguiera.

Esto, que parecía difícil, era tan sencillo como poner de pie el famoso huevo colombino: se reducía, simplemente, a acompañarle. ¡La forma de evitar un peligro es afrontarlo cara a cara!

—¿Tienes elegido hospedaje en Inglaterra, Bill? —preguntó el llamado Latymer.

El agente del

F. B. I.

le contempló de hito en hito. Le gustaba aquel hombre como enemigo, y siguió su táctico al contestar:

—Pues... ¡no! ¿Qué me sugieres?

—Conozco una pensión, en Liverpool, cuya patrona tiene manos de ángel para preparar un «ross-biff

». En su casa gozaremos de todas las ventajas de los grandes hoteles, sin ninguno de sus inconvenientes. ¿Te parece?

—Con tal de no separarme de ti, encantado —contestó Frank.

Estuvo a punto de repetirle el ataque de tos cuando, ya cumplidas las formalidades aduaneras, los dos hombres se deslizaban por la pista asfaltada de la Queensbourough Street, en un taxi y dirección a la capital. Latymer le miró, extrañado.

Más lo hubiera estado, en realidad, si hubiera sabido que el espasmo inoportuno que libró a Frank el pellejo no fué de tos, sino de risa.



No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Únicamente puede comparárseles con ella, otra nueva creación de EDITORIAL ROLLAN

MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión justiciera.

¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN

MENDOZA COLT!

II



L modesto albergue gustó a Frank. Situado en las afueras de Liverpool, estaba regentado por una solterona, que unía a la clásica flema inglesa su cordial y atrayente hospitalidad.

La cocina era inmejorable, según anticipó Fred Latymer, y el panorama desde las ventanas, que enfilaban hacia la costa, estupendo. No existía allí, en el menú o en el paisaje, el clásico «puré de guisantes» [1].

Empero, nada es perfecto en este mundo, y el federal echó de menos, en la vivienda, cierta independencia. Debiendo alojarse en una habitación común, con el que a no dudar trataría de eliminarlo, comprendió que tenía por delante una noche en vela.

Como el molusco se pega a la roca, el «amigo» de Illinois no

perdió de vista a su víctima, y Frank decidió aprovechar la menor oportunidad para darle esquinazo.

¡Le interesaba vigilar al frustrado asesino, estuviera o no relacionado con el asunto que debía investigar!

Caminando por los muelles, al atardecer, los dos hombres se encontraron con un grupo de cargadores, que distraía su ocio practicando el deporte sajón por excelencia. Comoquiera que alrededor de los modestos pugilistas se había congregado un corrillo de curiosos —que cambiaban entre sí apuestas, siguiendo una costumbre tradicional—. Warren y Latymer se acercaron a presenciar la pelea.

Uno de los gladiadores, coloso de más de seis pies de estatura, acababa de noquear a otro de idéntica talla, entre la rechifla y aplausos de hinchas y partidarios.

Frank, aprovechando «su» oportunidad, empezó a gritar un como un energúmeno.

Fueron tantas sus voces de protesta, que el vencedor se dio cuenta y dirigiéndose a él le dijo:

—Si no está usted conforme, míster, le devolveremos su dinero.

Un coro de carcajadas coreó el nuevo «golpe», que no iba mal dirigido, pero el americano era impermeable al sarcasmo.

—Es usted —le dijo— un magnífico pegador, y no dudo que en la descarga del carbón sea un as. ¡Lo malo es que se le nota el oficio!

El hércules tenía el rostro y las ropas cubiertas por el impalpable polvillo del carbón; así y todo, palideció al escuchar a Frank.

—¿Insinúa que peleo sucio? —preguntó, con ese aire calmo que precede al temporal.

—¡Sí! —dijo el americano—. Pegar con el antebrazo es antirreglamentario en todo el mundo. En Inglaterra, patria adoptiva del boxeo, resulta imperdonable.

Los espectadores corearon con palabras y movimientos de cabeza afirmativos las palabras de Frank. Los partidarios del derrotado empezaron a vociferar contra el vencedor, como si hubieran recibido nuevos bríos con la impensada ayuda.

El coloso, que no sabía cómo zafarse de aquello, prefirió echar por la calle de en medio. Acercándose a Frank, que se había situado en primera fila en el corrillo, le invitó:

—¿Quiere darme una lección práctica? Hablar es demasiado sencillo, amigo.

—No tengo inconveniente —contestó el joven, que estaba deseándolo.

Iba a despojarse de la americana cuando, al ver que Fred Latymer se acercaba a tomar la prenda, cambió de parecer. Rehusando con una sonrisa la ayuda de su compañero, dijo:

—No hace falta. ¡Termino en un momento!

El tipo hercúleo se encolerizó más aún si cabe al oír la bravata. Con los ojos inyectados de sangre, en mangas de camisa, sus brazos parecían rieles de acero dispuestos a saltar. Su mandíbula cuadrada y su nariz en forma de garabato demostraban que era un verdadero «*amateur*», para quien unas horas diarias de lucha eran el mejor descanso en el trabajo.

De inmediato, sin que sonase un «gong» o batintín —ni siquiera improvisado—, arremetió contra Frank con un bloqueo cerradísimo y el empuje de un bisonte. El federal, siguiendo la clásica guardia americana, mucho más abierta, amenazaba desmoronarse como un castillo de naipes al primer golpe.

Su adversario tenía indudable potencia combativa, y el joven resultó agilísimo maestro de la esquiva. Cargaba todo el peso de su cuerpo sobre las puntas de los pies.

Las rodillas ligeramente dobladas y los puños semiabiertos [2].

Así desvió a la mole ciega, que se precipitaba hacia él con la potencia de un tren expreso, mediante un ligero golpe de costado.

El coloso no pudo advertir en virtud de qué misterio su puño no encontró más que el aire. Fué a tropezar contra el parapeto vivo de los espectadores, que se abrió al influjo de un misterioso sésamo, dando con su cuerpo en tierra.

Eso sí, se levantó rápido como una víbora, cual si el pavimento se hubiera convertido en un elástico muelle o estuviera electrificado. Se volvió contra Frank, que le advirtió:

—Ten cuidado para otra vez, nene. Detrás de mí está el mar, ahora, aunque un baño te vendrá bien para mejorar tu sistema de pelea.

—Ya te daré yo baños —dijo el hércules, bramando de rabia—. Si te pesco...

—Eso, eso... ¡Si lo pescas! —gritó un viejecillo que estaba

encaramado en un fardo de yute—. ¡Apuesto una guinea a favor del caballero!

Nadie le hizo caso, por supuesto. Los mirones estaban demasiado entretenidos para perder un detalle de aquel singular encuentro.

El cargador cargó de nuevo y con el mismo brío, lanzando un izquierda-derecha alucinante, capaz de desmochar una montaña y convertirla en meseta.

No se trataba de una roca lo que tenía frente a él, sino de un destello de agilidad, una ráfaga inabordable. Por segunda vez encontró el vacío, aunque en el último segundo, para no perder viaje, Frank le lanzó un gancho al hígado que sonó como un cañonazo.

El viejecillo entusiasta jaleó el golpe, que hizo tambalearse al hércules.

Ya más sensato, el cargador aspiraba tan sólo a tocar al joven, seguro de que lo fulminaría. Forzoso es decir que si le hubieran obligado a apostar lo hubiera hecho contra sí mismo, porque Frank empezó a mostrar toda la variada y ruda gama del boxeo.

Directos, balanceados, «uppercuts», «*swings*», ganchos, «jabs» y series modelaron la mole de su adversario hasta convertirlo en la estampa del fracaso; canalizaron aquella fuerza bruta hasta encalmarla en el remanso del «groggy». Todo esto sin haber sido alcanzado seriamente.

El contrario de Frank no era ya el hombre desafiador del principio. Sus golpes carecían de precisión, e incluso de energía. Su actitud, más que la de un matasiete retador y perdonavidas, parecía la proyección a cámara lenta de un bailarín.

En el último segundo, cuando ya su mente flotaba próxima al nirvana, pensó que aquel fracaso y hundimiento vertical de su matonería sólo tenía una posible solución. Sacando de su bolsillo una pistola, apuntó con mano temblorosa a su rival.

—¡Toma, entremetido! —farfulló—. ¡A ver si paras éste!

Frank no lo paró, porque era imposible. Ningún héroe o superdotado es capaz de frenar un proyectil. ¡El joven se limitó a esquivar!

Luego, con la velocidad de una centella, golpeó al bergante. La puntera de su pie derecho acertó la mano armada en el momento en que un segundo mensaje de plomo salía de la boca de la pistola.

Aquello tuvo la virtud, además, de atraer la atención de un «bobby» que iniciaba su ronda por el puerto. Hombre apacible, no hubiera hecho caso de las peleas deportivas, las que estaba acostumbrado, pero aquel tiro sonó en sus oídos como una trompa de caza.

Esgrimiendo su vergajo de goma y el pito de socorro llegó, en una carrera frenética, al lugar de la riña. Allí que un desconocido, con traza de extranjero, estaba socorriendo cariñosamente al hércules.

—No ha sido nada, guardia —exclamó Frank—. Mi amigo estaba enseñándome el manejo de ese cacharro, y...

El escándalo era de apoteosis. Los espectadores, que habían presenciado una pelea de las que hacen época, vitoreaban al paladín. Algunos proponían remojar al cargador, pero el guardia, con un riguroso sentido de la disciplina, los invitó al orden.

Fué necesario que acudieran a sus llamadas otros dos agentes, para conseguir paz sin menoscabo de la autoridad, y el viejecillo entusiasta se brindó a acompañar al vencedor a la Comisaría, como testigo.

Resignado ante la fatalidad, Frank buscó al hombre de Illinois, pero no lo encontró. ¡El inseparable se había eclipsado!

Media hora más tarde, ante un inspector benévolo, Frank repetía sus explicaciones: «No había existido sino deporte. La pistola se disparó bastante después de la pelea».

—¡Pero es que ese individuo no posee licencia de uso de armas! —Opuso el comisario, que en modo alguno quería iniciar un atestado.

—Me explicó que se la había encontrado, jefe —dijo Frank, mostrando su sonrisa más atrayente—. El mismo ignoraba que estuviese cargada.

—Eso es —coreó Amy Stanley.

¡Lo mismo hubiera asegurado que acababa de ver un platillo volante!

Después de un breve responso y de la incautación de la pistola, el comisario soltó a los dos hombres, no sin imponer al culpable un castigo de una libra esterlina, que el cargador buscó inútilmente por entre sus bolsillos.

—Abonaré ese dinero —dijo Frank—. ¡Ya le he dicho que somos

como hermanos!

Cuando salieron de la Comisaría, temblando aún en el aire las admoniciones del bondadoso policía, el rival del joven quedó frente a él, vacilante. Algo luchaba en su interior con más fuerza que los propios puños junto al malecón del puerto.

A su lado, el viejecillo le miraba con aire irónico, en silencio. Al fin pareció decidirse, y exclamó:

—Le debo a usted una libra, míster...

—Warren —contestó Frank—; pero olvídelo. En realidad, he pasado un rato muy divertido.

—Y yo —repitió el viejecillo, como un eco.

El coloso seguía indeciso. Al cabo, restregando su manaza contra el pantalón hasta sacarle brillo, se la ofreció en gesto espontáneo al joven, que la aceptó de modo cordial.

Aquello no era una trampa ni podía serlo. El vejete apoyó su mano temblorosa sobre el sólido puente humano, y formó el tercer lado del triángulo.

—Tenemos que celebrar esto —gritó—. Aquí cerca hay una tabernita que...

En La Rosa y la Corona, cuchitril inmundo, los tres hombres sellaron un pacto de amistad angloamericana, minándolo con sendos jarros de cerveza inglesa.

Cerca de la madrugada, el trio se encaminó a la vivienda del americano, que estaba un poco despistado. Formaban un pintoresco grupo con los brazos entrelazados alrededor del cuello y vociferando himnos cosmopolitas. Al pasar por delante de la Comisaria, pusieron sordina a la algazara.

—Ya hemos llegado, querido Frank —dijo el cargador—. ¡No me divertía tanto desde el final de la guerra!

—¡Lástima que tengas que marcharte a Londres tan pronto! Pasaría un año contigo y con este mastodonte. El aludido contesto con voz agria:

—Tú, yanqui, tienes los puños tan ligeros como el bolsillo. ¿Por qué no me llevas a Londres? Terminé aquí mi trabajo, y no pelearíamos por el salario...

Había verdadero afecto en las palabras de los dos hombres, pero aún remachó su petición Stanley, al añadir:

—¡Eso! Precisamente tengo una hija en Soho, a quien no veo

hace tiempo. Formemos mía sociedad de aventureros.

Bajo el influjo de la cerveza, mezclada con ginebra y los ingredientes, se respiraba un clima fraternal. Frank sentía en toda su intensidad, pero no podía arrastrar a aquellos dos hombres a sus aventuras. Así, propuso:

—Dejad que la noche calme un poco vuestras cabezas, ahora bien: si en verdad queréis hacer algo por mí, voy pedir os uno cosa. Ya conocéis al tipo que me acompañaba cuando aparecí en el puerto...

—Si —aseguró Kent; el hércules—. Pensaba haberle sacudido después, como propina. Desapareció del lugar como una rata cuando barrunta naufragio.

—No es más que eso: una rata. Quiero que os convirtáis en su sombra durante todo el día de mañana. Me espía furiosamente, y necesito saber por qué. Tal vez yo solo no lo pueda conseguir; por consiguiente...

—No digas más, muchacho —atajó Kent—. ¡Lo mataré!

—Eso es —gritó Stanley, entusiasmado.

Brevemente, Frank les contó el episodio del avión. A medida que transcurría el relato, el viejo giraba los ojos en las órbitas, como si se desarrollase dentro de ellas un pequeño ciclón.

—La muerte es poco —pudo articular, sofocado de ira—. Tenemos que aplicarle la pena del embudo; le haremos tragar a viva fuerza un barril entero cíe «sherry-cobbler» con veneno.

Poco más hablaron los tres amigos. Frank, seguro de que montarían la guardia —al menos hasta que se les disiparan los vapores alcohólicos—, subió a la pensión. Afuera empezaba a amanecer.

Fred Latymer estaba durmiendo. Seguramente pensó, al retrasarse Frank, que tendría arresto para tiempo.

El joven aprovechó la coyuntura para registrar concienzudamente los papeles que el hombre tenía en sus bolsillos, y vio que, efectivamente, se llamaba como le había dicho.

Sólo encontró unas señas manuscritas de Londres, que anotó en su prodigiosa memoria por si más adelante le eran necesarias. Tal vez no fuesen sino la dirección de otro refugio doméstico como el que ocupaban entonces, pero el federal no dejaba nada al azar.

Ni siquiera su entrada en la alcoba, a tal efecto, cuando

comprendió que, salvo en el equipaje, su enemigo no tenía ningún otro documento de interés, salió de la habitación con el mismo sigilo que había entrado.

Se retiró unos cuantos pasos de la puerta y avanzó nuevamente por el pasillo, golpeando el piso con brío.

Entró en la alcoba metiendo ruido, y Fred despertó al momento.

—¡Hombre! ¿Ya estás aquí? Me cansé de esperarte, y...

—¡Ha sido horrible! —contestó Frank sin hacer alusiones a la fuga del otro—. Esta justicia inglesa...

—Me lo imaginaba, y por eso me escabullí —confesó Fred—. La «bofia» es tan repugnante aquí como en todas partes.

—Pues yo vengo molido. Ni una mala colchoneta en el calabozo, y sólo mangantes que me espiaban para dejarme sin un penique. He pasado todo el tiempo caminando de un lado a otro de la celda, y voy a acostarme, para no moverme en todo el día que amanece.

Con un bostezo auténtico, Frank se desvistió y ocupó su cama. A los pocos segundos roncaba a maravilla, aunque el ruido era tan fingido como la tos en el avión.

Engañó a Latymer, que empezó a nacer exactamente igual que su compañero minutos antes.

Un agente del

F. B. X.

no lleva sobre sí ningún dato comprometedor que revele su identidad o arroje una pista sobre la misión que le ha sido confiada. Frank era la cautela personificada, y roncando y espiando dejó pasar buen rato, hasta que su compañero de hospedaje se vistió, disponiéndose para marchar.

Antes de hacerlo se acercó al lecho de Frank y le zarandéo suavemente. El joven, con la pistola en la mano debajo de las ropas, aguardaba el ataque, mirándole por la celosía de los párpados.

Los antiguos planes del malvado habían sufrido un contratiempo. Figurándose que la filiación de su compañero estaba ya en poder de la Policía de Liverpool, no le interesaba eliminarlo en aquellas circunstancias. ¡Scotland Yard es mal enemigo dentro del territorio de la metrópoli!

Sería en Londres donde llevaría a Frank a un refugio desconocido. Allí, el Támesis se encargaría de acogerle en su seno fangoso y pestilencial.

Antes de salir a la calle cometió una nueva imprudencia, aunque no había dejado de cometerlas desde que se enfrentó al joven: llamó por teléfono.

El sentido del oído, acrecentado por un riguroso entrenamiento, permitió a Frank seguir los giros del disco. Cuando el bandido abandonó la casa, le vio encaminar sus pasos por Grays Inn Road arriba. Detrás de él seguían sus pasos un viejo y un coloso.

Entonces, verdaderamente, Frank se dispuso a dormir.

UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL
MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahinco al culpable de su desgracia hasta que...

PUBLICACION QUINCENAL, 1.50 pesetas

III



la noche siguiente, conforme habían acordado, Frank se reunió con los ingleses en La Rosa y la Corona. No faltaron a la cita sus auxiliares, deseosos de volver a verle.

En realidad, habían hecho méritos, no para acompañarle a Londres, sino incluso para ir con él hasta el mismo Tombuctú.

—Le seguimos —dijo Stanley— hasta una casucha de mala muerte, en el cruce de Wilder's

Street con Berkshire. Aquí están las señas exactas —terminó, mostrando un papelito.

—¿Cómo conseguiste escapar a su persecución, ahora? —preguntó Kent, interesado.

La sonrisa de Frank se hizo confidencial.

—Le dije que tenía que hacer una visita personalísima: es una insinuación que nadie puede resistir, por muy indiscreto que sea. Claro está que me siguió, pero aproveché para tomar un taxi en el momento en que no había otro a la vista, y por el espejo retrovisor le vi gesticulando en medio de la calle.

—¡Tenemos que celebrarlo —rió Kent— con una orgía semejante a la de ayer!

—Os pagaré unas rondas, muchachos —contestó el joven, haciendo a Stanley rejuvenecer—; pero no he venido a Inglaterra a divertirme, sino a trabajar.

—Eso es —allanó el vejete, palmoteando—. ¡Tengo ganas de ser actor y no espectador!

Había adivinado que se preparaba acción, y ardía en deseos de volver a visitar la casa del Berkshire, sólo que por dentro.

Cuando Frank comprendió que los ánimos se habían caldeado lo suficiente, abonó el gasto ante las protestas de Stanley, pero el cargador, que no disponía de un penique, le convenció enseguida:

—Nuestro amigo pagará, y nosotros pegaremos —dijo, mostrando sus bíceps monstruosos.

Con una sonrisa espantosa abandonó en primer lugar el bodegón con pretensiones de taberna. Ya en la calle, se dirigieron a paso de lobo hacia la encrucijada.

Era una agrupación —casi mejor podría decirse hacinamiento— de casas, en uno de los barrios más míseros de Liverpool. Los edificios se mantenían en pie por un milagro de equilibrio, tal vez porque sujetaban sus ruinas unos a otros, en un esfuerzo de cooperación desesperado.

—Quedaos aquí —susurró Frank—. Os necesito como fuerzas de choque, en reserva.

Por primera vez el viejo no lanzó una de sus exclamaciones características. Quedó mohíno y cabizbajo, pero no se atrevió a protestar. Fué Kent, no menos disgustado, el que encontró la solución:

—Si no sales dentro de quince minutos, entraremos a sangre y fuego; aunque se quedase con mi pistola el maldito comisario.

—Dadme media hora —suplicó Frank.

—Cinco minutos más —atajó Stanley.

Frank se dirigió en la penumbra hacia el edificio indicado. No tenía llave para entrar, ni a quién pedírsela, tanteó uno de los canalones de desagüe que descendían del tejado.

Considerándolo bastante sólido, empezó una tarea que hubiera entusiasmado a un saltimbanqui. A pulso, con la agilidad de un gato y sus mismos afelpados movimientos fué izándose poco a poco, apoyándose en cualquier resquicio del paramento.

Cuatro ojos entusiastas seguían a duras penas el paso furtivo de una sombra entre otras más densas, y cuando vieron culminar al joven su empresa, dos manos se apretaron en silencio, y sonó un gemido.

Despojándose del calzado, por motivos de seguridad, Frank avanzó lentamente, tanteando a su alrededor en busca de un asidero. El tejado no tenía ningún tragaluz ni claraboya, y era imposible pretender levantar las tejas de pizarra.

Un alero bordeaba el abismo, y a cuatro yardas más abajo, se abría una ventana. Llegar hasta ella, de algún modo, constituyó el inmediato objetivo del federal.

Era un salto arriesgado, a más de sesenta pies de altura desde la calle. Tal vez en aquella casa no existiera cosa alguna digna de ser localizada; sin embargo, no podía dejar nada al azar.

Si una organización criminal había puesto sobre sus huellas a aquel desaprensivo compatriota, estaba en el deber de rastrearle, aunque en ello le fuese la vida. El riesgo de ser tomado por un revientapisos, y perseguido como tal, no pasó por su mente.

Sólo tenía un dato a su favor: la sorpresa. Y apurando mucho, si los habitantes de la casa eran gente fuera de la ley, su silencio, en caso de ser descubierto.

No pensaba en el peligro cuando dio el salto, ni tampoco en la posibilidad de ser sorprendido. ¡Pensaba en América!

Lo que a pleno día hubiera constituido una hazaña para un funámbulo, rodeado por las sombras era una oposición al suicidio, con todas las probabilidades de perecer. Durante unos segundos, sujeto tan sólo por las manos en el borde del alero, el cuerpo de Frank se movió como un péndulo. Luego, en un vigoroso quiebro a la muerte, la masa ingrávida se desplazó hacia el suelo.

Dos manos, como garfios de acero, se agarraron a la balaustrada metálica y aguantaron el ímpetu de la caída. Encaramarse en el

alféizar y penetrar dentro de la habitación fué cuestión de un instante.

Cualquier habitación vacía que se desconoce produce la sensación de avanzar rodeado de trampas mortales. Como en una estancia sin luz es indudable que no hay nadie, o a lo sumo durmientes, Frank procedió a encender una linterna eléctrica. El ojo luminoso recorrió las sombras, identificando paredes y mobiliario.

Dirigiéndose hacia una puerta, entrevista con fugacidad, Frank sujetó el picaporte e hizo torsión. Después, jugándose el todo por el todo, abrió la puerta violentamente. Es cosa elemental que una escalera no cruje pisando los peldaños junto al muro, y asimismo que los goznes no rechinan si se giran de improviso, en vez de hacerlo poco a poco.

Por otra parte, el federal no podía perder mucho tiempo: hacía más de diez minutos que empezó el escalo, y aún no había obtenido nada positivo. Dentro de igual tiempo, sus amigos atacarían.

El pasillo estaba desierto, y ni siquiera en la planta baja se veían señales de vida. Deslizándose por un barandal, Frank llegó hasta una especie de vestíbulo, cuyas paredes conservaban restos de un papel desvaído.

Como providencia por si surgían dificultades a última hora, el joven se encaminó a la puerta de acceso y descorrió cerrojo y picaporte.

Entonces emprendió el camino de los sótanos. Una ininterrumpida experiencia le había hecho comprender que la gente del hampa prefiere este lugar de las casas para sus turbios manejos, quizá porque tienen, como ninguna otra parte de los edificios, reminiscencias de madriguera.

Tuvo que abrir dos puertas hasta dar con la que buscaba. Por cierto que, al abrir una de ellas, se encontró con una sorpresa: era un armario empotrado, y en él se acumulaban multitud de libros que le hubiera gustado examinar despacio. En uno de ellos, siempre al amparo de su linterna, reconoció un diccionario alemán.

Sin duda los moradores de la casa, en los tiempos triunfales de la Luftwaffe, trataban de fraternizar con algún paracaidista.

A la tercera tentativa tuvo éxito, y más del que esperaba, porque, a la vez, vio un destello luminoso y escuchó el murmullo de una conversación. Aguzando más el oído, creyó percibir el arrítmico

repiqueteo de una emisora.

Descalzo como iba, procurando no pisar ninguna baldosa desprendida, siguió ganando pulgadas. Su percepción alcanzó a descifrar en Morse varias palabras de sentido fantástico:

«... y como tenemos embotellado al profesor en la isla sin nombre, urge desmontar tinglados. Aviso a toda la red inglesa. Corto».

Entonces sucedió el ataque. Una bala se estrelló en la pared, a pocas pulgadas de Frank, desprendiendo fragmentos de yeso. El joven no se detuvo a observar los desperfectos; se lanzó en tromba hacia el peligro, como hacía siempre.

Cuatro individuos le hicieron frente, entre ellos el telegrafista, que en su precipitación se olvidó de quitarse el casco. Ello tuvo por resultado que arrastrara tras sí la emisora y se formara un cisco de todos los diablos.

La catástrofe distrajo la atención de los forajidos por unos segundos. Les habían ordenado destruir la emisora, pero no de aquel modo.

Frank no perdió un segundo. Se arrojó contra el individuo que esgrimía el revólver, en un plongeón imparable, y el hombre recibió el impacto, lanzando un aullido. En la pequeña habitación donde se hallaban pareció faltar sitio, de pronto, para tantos brazos y piernas moviéndose desordenadamente. Él atacado empezó a girar por el aire, cogido por los tobillos y en manos de Frank, encima de las cabezas de sus cómplices.

Repartiendo golpes a diestro y siniestro con el malhechor, Frank hizo en torno suyo un hueco respetable. Giraba como una peonza, sin perder de vista las reacciones de sus adversarios, y en el último momento arrojó al que zarandeaba sobre otro de sus adversarios, acogotándole con un movimiento rápido.

Recibió un golpe en el vientre que le hizo tambalearse, y antes de que pudiera dominar su angustia —la sensación de vacío que experimentaba— dos individuos estaban sobre él tundiéndole a patadas y puñetazos. Uno de los caídos cogió el revólver que yacía en el suelo.

—¡No! Más disparos no, Jimmy —gritó alguien—. Harto será si la Policía no ha oído el primero. Amarradlo y lo tiraremos al agua

bien lastrado, pero antes vamos a hacerle cantar. ¡El idiota de Fred desestimó la astucia de este hombre!

No era tarea fácil, de todos modos, inutilizar a Frank. Pese al terrible dolor que sentía, se sobrepuso a él y empezó a debatirse en el suelo, devolviendo golpe por golpe. Un mazazo en la cabeza le hizo desplomarse semiinconsciente.

Fué amarrado con una rudeza que no le permitió el truco de hinchar sus músculos. El hombre que lo hizo debía ser marinero, a juzgar por su habilidad.

A un paso de la victoria, ésta se había transformado en derrota merced al número de atacantes y al deseo de Frank de evitar, siempre que le era posible, hacer uso de las armas de fuego.

El tormento empezó. Despojando al joven de su americana mediante el sencillo procedimiento de desgarrársela, quedó al descubierto su brazo izquierdo.

Si esperaba que usasen contra él carbones encendidos o astillas, para clavárselas entre las uñas, se llevó una sorpresa. Aquella gente no era demasiado meticulosa.

Les bastó el casco de una de las bombillas de la emisora para producirle una incisión, que el improvisado verdugo agrandó retorciéndola en la herida.

El joven, que estaba a un paso del colapso, recobró el pleno conocimiento al sentir su carne desgarrada tan dolorosamente.

—¡Confesaré! —gritó, para ganar tiempo—. ¿Qué quieren que les diga?

—¿Quién te envía, maldito? —preguntó mío de ellos.

—El mismo Eisenhower —contestó Frank, con voz cavernosa—. Vengo tras de las huellas del profesor embotellado.

—Aprieta, Jimmy —aulló el bandido—. Vamos a quitarle las ganas de bromear a este tipo.

De nuevo el casco hiriente desgarró el brazo del joven. Gruesas gotas de sudor perlaron su frente, y venillas sanguinolentas se destacaron en sus órbitas. Empero, ni un músculo de su rostro, viril y enérgico, sufrió la menor contracción.

Adiestrado en la disciplina yogui de afrontar el dolor, sabía sufrirlo con un estoicismo espartano. Algunos trozos del vidrio se habían roto dentro de su carne; sin embargo, mantenía la boca cerrada herméticamente.

Nunca como entonces pensó, con nostalgia, en aquellos cinco minutos de aplazamiento que consiguió de sus amigos. Tal vez los dos hombres estuviesen aún en la calle, quizá errando, como silenciosos fantasmas, por el piso bajo o la parte superior de la vivienda.

—¡Voy a hablar, y ahora en serio! —dijo—. Pero dejen de torturarme.

El hombre que aplicaba el tormento miró al que parecía su jefe. Al recibir de éste una señal afirmativa, retiró los restos de la lámpara ensangrentada, con aire de fastidio.

—Si este hombre no dice nada ahora, me niego a seguir haciéndole cosquillas —dijo—. ¡Es mejor despenarle!

Frank pensaba hablar, como había prometido. Eso sí, elevando insensiblemente el diapasón de su voz al decir:

—Ustedes no deben ignorar que trabajo por encargo del Gobierno americano. No he mentido al decirles que estoy a las órdenes del Presidente de los Estados Unidos, mi más alto jefe...

—¡No tan alto! —exclamó Jimmy—. Me refiero a la voz. No hace falta que se enteren los vecinos.

—En cuanto a lo del profesor Stratford, empleé la expresión de sus amigos, a los que oí decir que lo tenían «embotellado». Por consiguiente, no me explico la segunda parte del tormento. ¡Tírenme al mar de una vez si no quieren que hable!

Los reunidos se miraron entre sí con asombro. Entonces el telegrafista tomó de un bloc de notas el mensaje recién captado, que aún no había tenido tiempo de mostrar a sus cómplices.

—Efectivamente —confirmó—: «ellos» hablaron así. ¡Aquí está la misma expresión!

Quizá no fuese la primera vez que una comunicación era interceptada, pero el llamado Jimmy —que no conocía la habilidad de leer el Morse con el oído— llegó a mirar a Frank con cierto respeto. El joven prosiguió:

—Recibimos confidencias de que el profesor Stratford había sido raptado, y como en América se siguen con interés los ensayos del inventor, me puse sobre la pista. Pensaba ir a Londres, pero el idiota de Latymer, como ustedes mismos han dicho, me ha traído como un corderito hasta esta casa. ¡En realidad, tiene menos sesos que una rana!

—Entonces..., ¿trabajas solo? —habló Jimmy, descubriendo el verdadero objeto del interrogatorio.

—La pregunta es propia de Latymer —contestó Frank, excusándose de mentir—. Sólo vine en el avión, y «mi amigo de Illinois» no me ha dejado un momento.

—Estuviste en la Comisaría —argumentó el jefe, que estaba bien informado de las andanzas del joven—. Y allí...

—Allí conocí gente muy pintoresca, en efecto. Olvidé de comunicárselo a ustedes por teléfono —añadió, dando un palo de ciego—. ¿No es el doscientos setenta y nueve mil doscientos uno, Sud?

La estupefacción de los reunidos, al oír de labios del agente especial el propio número de su teléfono, no es para descrita. El mismo telegrafista, bastante razonable, pegó una patada a los restos de la emisora. Jimmy, sorprendido por tercera vez, pareció a punto de sufrir una congestión.

—¡Maldito imbécil! —exclamó, con la voz ahogada por la ira.

Fué lo último que dijo, porque un ladrillazo le cortó la palabra y el resuello. Una montaña de carne y otra de nervios irrumpieron en la cueva, repartiendo golpes y dando gritos horribles.

Con el factor sorpresa de su parte, Kent eliminó a dos adversarios en un santiamén, y el viejo saltó sobre el telegrafista como una garrapata.

El cuarto bandido no intervino en la contienda, por la sencilla razón de que continuaba desvanecido. Frank, amarrado como un fardo, alentaba a sus amigos con frases de estímulo, y Stanley, que había recuperado las energías de que diera muestras en la guerra boer, procedió a desatar a su amigo, que se puso en pie. La herida del brazo era más espectacular que grave.

La misma cuerda que le mantenía inmóvil sirvió para sujetar a los bandidos. Con el revólver rescatado en la mano, el viejecillo cerró la marcha de un cortejo silencioso y malhumorado.

—En cuanto hagan algún movimiento, los despachas, Stanley —aconsejó el cargador.

—Eso haré —afirmó el hombrecillo.

Frank dedicó entonces una extraordinaria actividad al registrar la casa. No dejó ningún rincón sin explorar, y los bolsillos de los malhechores fueron vaciados de armas y documentos. Encontró

algunos datos curiosos, entre ellos las señas de Londres que estaban en poder de Latymer, y que demostraron se hallaba sobre la buena pista.

Pero lo que más le llamó la atención fué un plano del archipiélago del Pacífico al nordeste de Australia. Era extraordinariamente detallado y, sin embargo, no tenía ninguna explicación ni marcas. Tan sólo un círculo rojo circunscribía una serie de islotes, pero su extensión total bien podía abarcar un perímetro de varios miles de millas marinas.

Aquello era algo, pero poco más que nada.

Utilizando el teléfono del vestíbulo, Frank llamó a Scotland Yard. Allí preguntó por su amigo el inspector Mac Doval, y tuvo suerte de encontrarlo todavía en servicio.

—Londres, al habla... ¿Quién es ahí?

—¿No me conoces, cocodrilo? Soy Frank «Escupecfuego».

—¡Caramba! —exclamó una voz enérgica, con ribetes de Jovialidad—. ¿Ya estás entre nosotros, muchacho? No te has retrasado, desde que te di mi encargo.

—Me dio tiempo —contestó Frank— de tener una riña tumultuaria, visitar una Comisaría y eludir un envenenamiento. Por si fuera poco —añadió, con inmodestia—, tengo en Liverpool cuatro individuos que no sé qué hacer con ellos, complicados en el asunto que sabes.

El interlocutor del joven quedó mudo al otro extremo de la línea, lo que aprovechó Jimmy, el bandido, para gritar al teléfono:

—¡Cuatro no! Ha cogido chico. No faltaría más que el idiota de Latymer se quedase fuera de la «trena».

—¿Qué dice ese tipo? —preguntó el inspector, desde Londres.

—Se refiere al fracasado envenenador —contestó Frank—; pero no me interesa que lo detengan. Yendo conmigo tenemos más probabilidades de hacer una verdadera «*razzia*» en Londres. ¡Es formidable!

Cuando quedó la comunicación cortada, Jimmy solicitó un favor:

—Si me sueltan un momento las manos, les quedaré agradecidos, amigos —pidió.

No había peligro ninguno. Con la mole maciza de Kent, y el revólver en manos del viejo, Frank accedió a lo solicitado. Cuando

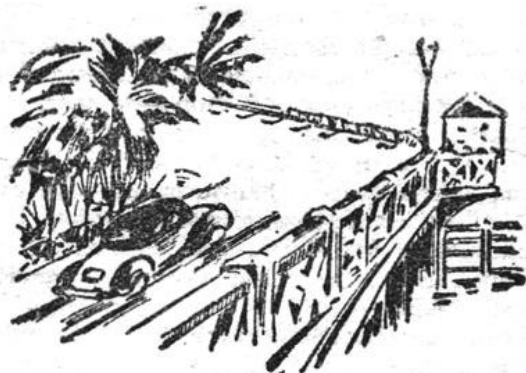
el bandido se vio parcialmente libre, sacó un lapicero del bolsillo.

—¿Es que vas a confesar? —preguntó el federal.

—Algo parecido —dijo el otro.

Dirigiéndose a la pared, empapelada en tono crema, escribió estas palabras:

«¡Idiota, idiota y más que idiota!».

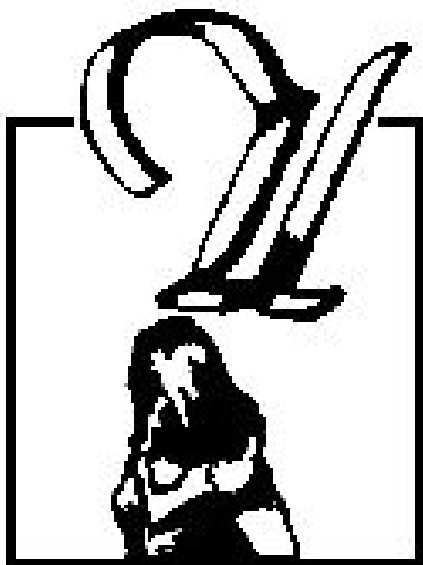


ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL
F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.

¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

V



N par de días después de su llegada a Liverpool, abandonaba Frank el coche férreo y se dirigía, solitario, por Victoria Street hacia el Embankment.

Prefería dar un paseo para desentumecer las piernas, y una vez rebasada la curva del Támesis, pasado Charing *Cross*, pudo divisar en la recta del amplio paseo el edificio de Scotland Yard, terror de todos los maleantes del Reino Unido.

La aguja de Cleopatra quedó atrás, como un índice gigantesco o tal vez un signo de admiración de edades pretéritas.

Los ingleses son tradicionales por excelencia, y Frank se admiró, una, vez más, del vetusto caserón donde pasaba su amigo Mac Doval la mayor parte del tiempo disponible, que era casi como decir su vida.

Por tácito acuerdo había decidido no salir el inglés a su encuentro, y así, con el aire de un provinciano que admira Londres, penetró el joven federal en el recinto policíaco.

Una vez allí, le fue fácil llegar a la presencia de su amigo, por la sencilla razón que éste esperaba su visita.

Después de un abrazo cordial, los dos hombres cambiaron impresiones, y Mac Doval se brindó a acompañar al americano hasta el I. S., pero Frank rehusó:

—Creo excelente idea que sigas tú sirviendo de enlace. De ese modo, si me siguen, no me verán acercarme por allá. ¡En cuanto a ti, a nadie chocará verte entrar y salir en el departamento!

El inspector miró atentamente a su amigo, antes de decirle:

—Te encuentro abatido, como cansado. ¿Qué te pasa? Podrías estar orgulloso del servicio hecho nada más pisar Inglaterra.

—Todo ha sido un desastre —renegó el joven—. Ese Latymer del diablo debió llamar por teléfono a la casa justo en el momento en que se hacía la redada. Más hábil de lo que yo pensaba, sospechó algo y se escapó.

—No te preocupes —alentó Mac Doval—. Tengo su filiación, y lo capturaremos enseguida.

—Me interesa más suelto el gánzapiro, y hubiera preferido no perderlo de vista. ¡Ahora me voy! ¡Tengo que trabajar!

—¿Dónde te hospedas? —le preguntó el inspector.

—En realidad, si necesitas buscarme, puedes mandar registrar los puentes del Támesis. Voy a convertirme en un hampón y a mezclarme entre esa gente sin despertar sospechas.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, Frank?

—Yo mismo no lo sé. De todas formas, prometo tenerte al corriente de mis gestiones. Si no lo hago cada día, puedes buscar a Latymer. ¡Dragar el río te iba a proporcionar demasiado trabajo!

Cuando salió de Scotland Yard, el federal estaba, en cierto modo, disgustado consigo mismo. Había ocultado a Mac Doval muchas cosas, y entre ellas —quizá la más importante— aquella dirección del West End que sorprendiera en los bolsillos de Fred y en la casucha de Liverpool.

Le sirvió de justificación, no obstante, su deseo de trabajar aislado, sin injerencias ni protección. En todos los países del mundo lo más difícil de ocultar es un policía, pues parece ser que los

malhechores tienen un sexto sentido para ventearlos... ¡Dos constituyen un desfile!

Siguiendo un plan preconcebido días atrás, había dejado de afeitarse, y su barba incipiente, unida al traje que estropeó en Liverpool durante la pelea, era caracterización suficiente para mezclarse en los barrios bajos sin despertar sospechas.

Unas planchas de goma que metió dentro de su boca, rozando los maxilares, le dieron un aspecto facial distinto y, además, desfiguraron su voz notablemente. Con ello y unas gafas ahumadas, a más de un sombrero pitañoso que cubría sus cabellos, le pareció suficiente para resistir una inspección superficial.

Durante el día frecuentó algunos cafetines de Soho, e improvisó, comidas arbitrarias. Poco a poco fué estudiando a los que le rodeaban.

Merodeando cerca de la dirección sorprendida a Fred, y haciendo voluntarios regates a los guardias, llegó a situarse en el quicio de una puerta fronteriza a la casa vigilada, que tenía la ventaja de quedar escondida, a medias, para los escasos transeúntes. Así dejó pasar el resto del primer día.

Era imposible intentar un escaló en aquella mansión.

Su fachada, de ladrillos rojizos, no tenía el menor resalte en qué apoyarse. Por otra parte, había exceso de luz a cualquier hora, y la gente que viviese allí no daba señales de vida.

¡En cuatro largas horas de observación no se abrió una sola ventana, y las chimeneas del edificio, de tres pisos, no arrojaron ni una mísera columna de humo!

Al anochecer, Frank se cansó de aquella guardia estéril. Dirigiéndose a la finca inmediata, donde entraban y salían multitud de personas, se adentró en el portal.

Una mujer de edad indefinible, sentada en una silla, estaba dando los últimos toques a un larguísimo calcetín, Quizá fuese una media lo que iba deslizándose entre sus ágiles dedos, y unas agujas metálicas.

—¿Busca usted algo? —preguntó, con cierta prevención.

—Pues... sí —admitió Frank—. Necesito hospedaje y manducatoria; acaso pueda usted indicarme algún sitio modesto.

La vieja interrumpió el febril movimiento de sus dedos. Luego lo reanudó con mayor velocidad, como si quisiera recuperar el tiempo

perdido.

—En el tercer piso —dijo— tal vez le admitan. *Mistress Band* cobra diez chelines diarios.

—Demasiados chelines y demasiadas escaleras —murmuró Frank, pensativo.

Después de dar las gracias se dirigió hacia la calle; pero pareció pensarlo mejor, y a última hora volvió hacia atrás sus pasos.

—Creo que subiré —dijo, empezando a trepar por los escalones.

—Por si no quiere molestarle —le advirtió la mujer—, *mistress Band* cobra por adelantado...

El joven, satisfecho de que su aspecto motivase tantos recelos, continuó subiendo la escalera, sin contestar.

Arriba, en el último piso de la casa, demostró ser más exigente de lo que indicaba su aspecto. Rechazó ciertas habitaciones que le ofreció la propia *mistress Band*: unas, porque tenía que compartirlas con varios pupilos; otras, en fin, porque daban a inmundos patios interiores.

Al cabo de una serie de idas y venidas infructuosas, la patrona estaba desesperada con aquel difícil cliente.

—¿Quiere usted una habitación exterior? —dijo, como último argumento—. El precio es más elevado.

—Enséñemela —pidió Frank.

Era, en efecto, un hermoso cuarto, prescindiendo de que el mobiliario fué adquirido en diversas almonedas y que un olor a desinfectante hería el olfato. Poseía un balcón, el único del piso, que daba al cruce de dos calles.

El americano contempló aquel conjunto sórdido con aire satisfecho, mucho más ante la posibilidad de alcanzar desde allí el tejado inmediato.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Veinticinco chelines —fué la respuesta—. ¡Es mi propia habitación, pero ya estaba desesperada de no poder encontrarle acomodo! ¿Piensa estar muchos días?

—Le pagaré una semana, si es a lo que se refiere. Deseo descansar y no ser molestado, y avisaré yo mismo cuando quiera las comidas.

Mistress Band le miró, aprensiva.

—¿Es que se halla enfermo? —Siguió investigando.

—Sí, señora —confesó el agente—; pero no es nada contagioso. ¡Padezco misantropía y claustro filia!

La mujer se marchó haciéndose cruces.

Frank dejó que pasara algún tiempo. Cuando oyó sonar diez campanadas en el famoso

Big-Ben

o en cualquier radio que las transmitía, salió a cenar.

Mistress Band le acogió con una sonrisa de circunstancias, y procuró lucirse ante él como cocinera. El pago de una semana, adelantado, rehabilitaba ante sus ojos a aquel individuo hosco y retraído.

Cuando terminó de comer, el federal se retiró de inmediato a su habitación, rehuyendo conversaciones y comentarios sobre el tiempo.

Dio un portazo tal, al refugiarse en su cuarto, que *mistress* Band alejó por completo de su pensamiento la idea de molestarle en lo sucesivo. Era precisamente lo que el joven deseaba.

Entonces empezaron los volatines.

Frente a él, y bajo sus pies, se extendía a regular altura el pavimento de la calle. Encima de su cabeza, a corta distancia, el alero del tejado protegía a fumistas y albañiles del riesgo de estrellarse, gracias a una barandilla de hierro que lo bordeaba.

En ello pensó Frank cuando decidió buscar aquel acceso hacia la finca colindante.

Sólo le faltaba un garfio sólido para intentar la ascensión. Las sábanas de su cama, con algunos nudos, le servirían de cuerda, pero el asidero constituía el problema. Al fin se dispuso a utilizar uno de los barrotes del lecho, que desmontó en silencio y probó concienzudamente.

Media hora después de un trabajo minucioso, Frank trepaba hasta el barandal de hierro y lo rebasaba. Como había supuesto, bajar desde allí utilizando el gancho —y siguiendo inverso procedimiento— era sencillo. Tuvo suerte, además: en la casa inmediata existía una claraboya.

Penetró furtivamente en la ciudadela enemiga, y de antemano previno su revólver. Pese a su fuerte naturaleza, conservaba en el brazo izquierdo una herida aún sin cicatrizar, y no contaba con auxiliares más o menos oportunos.

Tenía que defenderse por sí, con plena autonomía, contra todos.

Esta vez, y extremando su cautela, recorrió de arriba abajo la finca. Coma había supuesto desde la acera fronteriza, no había nadie en ella. Encontró, eso sí, señales de una marcha precipitada.

Ningún dato. Sólo halló, en el interior de una amplia chimenea mural, un montón de cenizas frías. Por si fuese poco, alguien se había entretenido en pisotearlas minuciosamente [3].

En aquella balumba de cenizas pulverizadas, ni el más paciente investigador hubiera conseguido éxito.

Corría prisa hallar una pista, además. El profesor Stratford se hallaba a la sazón, a juzgar por el plano hallado en Liverpool y el mensaje captado, en una isla del Pacífico. Su invento, tendente a neutralizar las instalaciones de radar, tal vez estuviera a punto de caer en manos de una potencia enemiga, que demostraba poder y previsión, pese a la torpeza involuntaria de sus miembros.

Jugándose el todo por el todo, y una vez convencido de que la casa estaba desierta, el federal fué encendiendo luces y registrando habitaciones. Llegó a encontrar vestigios de haberse instalado allí una emisora clandestina, pero había llegado tarde. Sin duda, Fred Latymer tuvo oportunidad de dar la alarma telegráficamente.

Ahora estaba de nuevo en punto muerto. Disgustado consigo mismo, y maldiciendo su imprevisión, el americano se dirigió en busca de su amigo Mac Doval. No lo encontró en su casa ni en Scotland Yard, y renunció definitivamente a cooperar con él.

Se hallaba en una situación de abatimiento tal que no deseaba hacer a nadie partícipe de su fracaso. Por si le servía de algo, garrapateó una nota para el ausente, en la que indicaba la dirección de la casa vacía. Tal vez los técnicos en huellas digitales encontrasen algún asidero. Terminó la nota con las palabras siguientes:

«Acaso vuelva a América, o quizá me adentre en suelo inglés. Estoy es una situación tan indecisa que no sé cuáles serán mis próximos pasos. Por consiguiente, sigan sus gestiones, y puede ser que volvamos a coincidir en algún sitio».

Después de cumplida aquella fórmula de cortesía con el amigo, a quien conociera en la pasada campaña, Frank se dirigió hacia el

punto donde pensaba haberse dirigido desde que salió de América: a la casa del profesor secuestrado, cuya desaparición levantó un clamoreo universal.

Cerca de

Regent's

Park, en la intersección de High Street y la Prince Albert Road, se alzaba el hotelito del profesor desaparecido. Frank llamó al timbre de la mansión, no sin antes componer un poco su atuendo. Esperó unos minutos, hasta que le abrió la puerta un anciano mayordomo.

La mirada severa, desaprobatoria, que lanzó al visitante, no era para alentar a nadie; pero Frank poseía un talismán maravilloso, y su simpatía era también un poderoso auxiliar cuando se proponía ser atrayente. Haciendo caso omiso de aquella hostilidad inicial, se adelantó con desparpajo hasta el interior del lujoso vestíbulo.

—Soy redactor —dijo— del «New York Herald Tribune». Mi jefe me telegrafió, hallándome en Escocia de vacaciones, para que viniese a molestarle. Tuve un accidente de automóvil por el camino, y esto justifica, en parte, mi aspecto. ¿Qué hay del profesor?

—Poco puedo decirle, amigo —dijo el mayordomo, después de examinar el carnet periodístico del joven—. Las noticias han salido en la Prensa, y esta casa, pese al dolor de la pérdida de mi amo, ha sido una romería de reporteros. Por consiguiente...

—Necesito saber los detalles de su boca —dijo Frank, sacando lápiz y papel de un bolsillo—. Mejor que nadie sé cómo se desvirtúan las noticias, al recibirlas de segunda mano. Deseo que usted me repita, una vez más, lo que he ojeado en la Prensa durante el camino. ¡No le importe abundar en detalles!

—Pero es que ese reportaje —se defendió el anciano— ya no tendrá ninguna actualidad... El suceso ocurrió hace una semana, y se ha olvidado —terminó, sonriendo tristemente.

Los sólidos argumentos había que atajarlos con astucia, sin faltar a la verdad, dentro de lo posible, Frank Warren solía corresponder con lealtad a las personas leales, y su interlocutor rebosaba honradez por los cuatro costados. Así, dándole un aire confidencial a sus palabras, explicó:

—Voy a confesarle un secreto. En realidad —siguió, bajando la voz—, soy una mezcla de periodista y detective. ¿Usted recuerda el caso del rapto del Kedive de Egipto?

—¡No! —contestó el mayordomo.

—Encontré la pista siguiendo una marca de cigarrillos. El famoso personaje acostumbraba a fumarlos, y sus raptos fueron tan benévolos que no quisieron privarle de ellos. Por suerte para mí —añadió Frank, humorísticamente—, era una marca poco popular.

—Mi señor no fumaba —contestó el sirviente, atajando aquella posibilidad.

—Recuerdo haber leído —dijo Frank, armándose de paciencia— que vinieron a buscarle tres individuos. Salió con ellos y no ha vuelto a aparecer. Usted quedó en la casa solo, con una doncella que hacía también las veces de cocinera. ¿No es cierto?

—Efectivamente —contestó el mayordomo—. Dorothy es, a la vez, sobrina mía. Cuando nos cansamos de esperar el regreso del profesor, telefoneamos a Scotland Yard.

¡Es lo único que puedo decirle! Durante varios días, esto se convirtió en un bullido insoportable. Revolvieron la casa, de arriba abajo, policías y compañeros de usted. No encontraron ningún dato que les sirviera de provecho, porque es fuera de aquí donde hay que buscar.

—Hábleme de su señor —insinuó Frank—. ¿No había recibido anteriormente ningún aviso telefónico, alguna carta o visita que le preocupase? Según creo recordar también, usted era, más que un servidor, su confidente.

El viejo pareció abismarse en la meditación antes de contestar. Miró al joven con simpatía; desde luego, no era uno de aquellos reporteros entremetidos que disparaban las preguntas más indiscretas y se colaban de rondón en todos los rincones. Tampoco un policía de aquellos que llegaron a ofenderle con preguntas capciosas, llenas de sospecha. Y, «*rara avis*», parecía dispuesto a gratificarle: sus palabras primeras así lo dejaron entrever.

—Venga usted conmigo —dijo—. Tal vez no tenga importancia, pero...

Dejó la sugerencia en el aire, mientras Frank sentía que toda su depresión anterior daba paso a una constructiva sensación de optimismo. En las pupilas azules del anciano vio alentar una chispita, y le pareció que podía representar, sin exceso de euforia, esperanza.

Siguiendo al anciano descendió hasta las habitaciones de éste. Al

pasar por una puerta entreabierta vio fugazmente, en la cocina, trabajar a una jovencita. Los ojos de ambos cruzaron su mirada por fracciones de segundo, y... ¡Frank siguió al mayordomo!

—Mi chifladura —explicó éste— ha sido siempre la Filatelia. Rebusco entre los papeles que arroja mi señor todos los sobres que encuentro, preferentemente si vienen del extranjero. Voy a mostrarle mi última adquisición.

Al decir así, el anciano abrió por el centro un cuidadoso y bien ordenado álbum. Hojeó varias páginas y, al fin, un índice tembloroso mostró al americano la estampilla de Correos de un país de Sudamérica.

—Destruí el sobre —confesó el mayordomo—, pero es que entonces no comprendí la trascendencia que pudiera tener. En realidad, tampoco podría asegurárselo ahora mismo, pero observé a mi patrón caviloso varios días, y en una ocasión le oí decir en voz baja estas palabras:

«¡Bergantes! ¡Canallas! Creen que todo puede comprarse y venderse... Jamás conseguirán eso de mí; ni con dinero ni con violencia».

—¿No ha dicho usted nada de esto a la Policía? —preguntó Frank.

—Ciertamente que no; acabo de decirle que no le concedí importancia. Ha sido una idea repentina, que no sé si podrá aprovecharle para algo. ¿Cree que debo hacerlo?

—Pues... ¡no lo sé! —contestó Frank—. Tal vez se rían de usted, y tal vez le censuren por no haberlo hecho antes. De todos modos, que mi opinión personal no le sirva de rémora. ¿No se encontró la carta que venía dentro de ese sobre, en los registros? —siguió preguntando.

—Siento decírselo, señor, pero la hallé en la papelera, al mismo tiempo que el sobre, reducida a fragmentos. Y esto, dado el carácter descuidado de mi patrón, me hace pensar que debió afectarle más de lo corriente. ¡No puedo hacer otra cosa en su obsequio! —concluyó.

—Sí que puede —replicó el joven—. Precisamente porque ha tratado de servirme, le ruego que acepte esta modestísima retribución.

Los ojos del anciano brillaron por segunda vez, pero ésta

admirados. Rehusó el billete de diez libras que Frank le ofrecía, y el federal tuvo que batallar para meterlo en su mano temblorosa. En aquel momento sonó el teléfono.

—Perdone un Instante, míster Warren —dijo el anciano, demostrando por segunda vez dotes de observación—. Enseguida vengo, para despedirle.

Frank no esperó. Adelantándose hacia la puerta de la cocina, asomó curiosamente la cabeza y chistó a la joven que manejaba los peroles. Una cabecita rubia y dos ojos maliciosos enfocaron al joven con cierta picardía.

—No me diga —exclamó, al ver su barba y aspecto descuidado— que se ha escapado de una covacha de existencialistas.

—Pues no; no se lo digo. Pero sí que hace quince días paseo por los bosques de Escocia y que es usted la primera muchacha verdaderamente bonita que me echo a la cara. ¿Cuáles son sus días de salida, dulzura?

La joven le miró de arriba a abajo, retozándole la risa en el cuerpo. Era inútil que intentara disimular: toda ella era una invitación voluptuosa. Así y todo, se resistió:

—No acostumbro a salir con desconocidos —dijo—, aunque usted tiene aspecto de ser un caballero... con toda la barba.

—Le advierto —apuntó Frank— que gano mucho con el trato.

—Será con el trato del peluquero —contestó ella—. ¡Qué pinta de francotirador!

Lejos, en el vestíbulo, se oyó el «clic» que cortaba la conversación telefónica. Frank se dispuso a afinar sus tiros.

—Serví en Aviación, preciosa. He de darme prisa, porque su tío llegará inmediatamente, pero me propongo «bombardearla» con flores y bombones hasta que acceda.

La joven lanzó una carcajada que demostró a las claras que no le preocupaba en absoluto la autoridad de su pariente. Frank, como un chicuelo cogido en falta, se apresuró a salir de la cocina y avanzó por el pasillo en busca del bondadoso anciano.

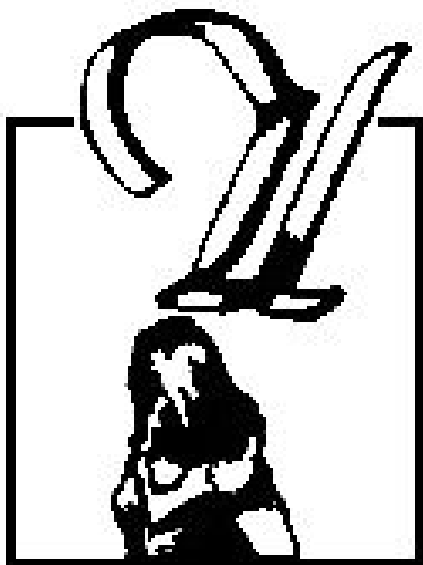
UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL

MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahinco al culpable de su desgracia hasta que...

PUBLICACION QUINCENAL. 1.50 pesetas

V



STEDES, los hombres, son todos iguales —dijo Dorothy Ferguson a la tarde siguiente—. Cierto que me costó trabajo reconocerle y que, de no haberme hecho desesperadas señas, no habría acudido hacia usted. ¡Parece un *dandy*!

—Estábamos hablando; mejor dicho, decía usted que todos somos iguales —contestó Frank, vestido, en efecto, de punta en blanco—. Pero no puedo creer que una muchachita tan joven como usted haya sufrido ya un desengaño. Seguramente hablará por referencias. ¡Cielos, si hasta me da reparo pasear con usted!

—¿Tan fea soy? —preguntó Dorothy, consciente de su valía.

—¡Nada de eso! —refutó el joven, con aire de cómica indignación—. Lo digo por la edad. Parece usted una chicuela, y

tengo la secreta ilusión de que ésta es su primera cita.



—¿Tan fea soy?—preguntó Dorothy, consciente de su valía.

—No lo crea —contestó ella, con desenfado—. He salido ya con algunos «pollos», a escondidas de mi tío, por supuesto. Me encanta bailar, y no soy de esas jóvenes románticas y cursilonas, que gustan pasear en barca por el lago Serpentine.

—Bailemos, entonces —admitió Frank, con entusiasmo—. Y puesto que soy un forastero en Londres, la ruego que me guíe. Iremos a dónde mejor le parezca, y regresaremos a su casa tempranito. Tal vez por el camino se decida a explicarme por qué nos considera a todos iguales.

Deteniendo un taxi con aire grandilocuente, Frank se dejó llevar por el deseo de la muchacha. Recorrieron diversos lugares de honesto esparcimiento, y en todos bailaron hasta saciarse.

Aquella iba a ser una tarde de sorpresas para Frank. Cuando invitó a beber a la muchacha, y esperaba que ella pidiese una gaseosa, se quedó asombrado al verla solicitar una mezcla infernal, queapuró sin derramar una lágrima.

Si estaba deseando borrar de su acompañante la impresión de ser una chicuela, lo cumplía a maravilla.

A la hora de la merienda, del famoso five o'clock

tea, Dorothy hizo desaparecer en las profundidades de su estómago una magnífica colección de «sándwichs» y no menos regular cantidad de licor.

Frank estaba preocupado. En manera alguna deseaba devolver a los lares de Stratford una, jovencita embriagada; pero a la hora de las confidencias respiró.

—No te preocupes por mí —dijo Dorothy—. La bodega del patrón está bien surtida, y en más de una ocasión hemos consumido mi tío y yo, mano a mano, algunas botellas.

—Y el amo, en la higuera, ¿no?

—Ya sabes, querido Frank, que los sabios son muy distraídos. Supongo que tú no serás como mi novio anterior, que me prometió no abandonarme nunca y no he vuelto a verle el pelo desde hace una semana.

—Yo no soy de los que prometen, nena —dijo Frank, sin abandonar el acento paternal que encantaba a la chiquilla—; pero debo decirte que mi profesión de periodista no me permite permanecer en Londres mucho tiempo. Eso sí: puedo enviarte alguna tarjeta postal desde los sitios que visite. ¡Si el amor tiene alas, yo utilizaré el correo aéreo!

Dorothy suspiró, y a sus hermosos ojos azules asomaron tímidamente más lágrimas.

—¡Qué mala suerte! En cuanto pongo los ojos en un hombre..., ¡vuela!

—No te entiendo, pequeña.

—Pues tiene fácil explicación: mi novio anterior era piloto. No me lo dijo, pero lo adiviné un día que paseábamos por Hampstead. ¿Conoces el parque de atracciones de allí?

—He oído hablar de él, nada más —confesó Frank—, y creo que es estupendo.

—Lo es —aseguró Dorothy—. Disponía de coche, y seguimos después la carretera de Golders Green. Paramos un momento en la cantina del aeropuerto de Hendon, y allí, el muy bandido, empezó a criticar aterrizajes y despegues con palabras irónicas. Cuando le pregunté si entendía de aviación, se cerró en banda como una ostra.

—Pudo haber servido en Aviación durante la pasada guerra —insinuó el americano.

—Sería del otro lado del Canal, en todo caso —contestó la atrayente muchacha—. Tenía un acento nasal que demostraba su origen alemán, y eso se echó a ver también en sus críticas acerca del fuselaje de los aparatos. ¡Ni siquiera los aviones a reacción eran de su agrado!

—A pesar de todo, ¿le querías...?

—El amor no reconoce fronteras —admitió la bella—. Ya no estamos en guerra, y si Fritz Steiner fué admitido en Inglaterra por las autoridades, ¿iba a ser yo más papista que el Papa, rehusándole mi amistad? Ahora que puedo decirlo con la cabeza bien alta: no consiguió de mí ni un tanto así.

Y señaló una de sus uñas cuidadosamente manicuradas.

—Pero ¿es que lo pretendió el muy truhan?

—Nada de eso... —cortó la muchacha—, pero por algo dije que todos sois iguales. Tú quieres sonsacarme cosas de Fritz, y él quería averiguarlas del profesor. ¡Se quedó con las ganas!

Decididamente, aquella jovencita era extraordinariamente atractiva. Así lo comprendió Frank, que tuvo el pensamiento de renunciar a su compañía al notar su frivolidad.

Tal y como se estaban poniendo las cosas, convenía aplazar el «adiós» definitivo. Siguieron danzando y bebiendo, pero en el resto de la tarde no consiguió el federal obtener ningún dato utilizable.

—Mañana... —le dijo Dorothy al despedirse—. Es la única forma

de conseguir que vuelvas, y... te agradeceré que sustituyas las flores por cigarrillos.

Frank vio alejarse a la muchacha, con aire complacido. En realidad, le agradaba su contacto, porque ostentaba una mezcla de candor y picardía encantadora. Además, el agente entreveía posibilidades alrededor de la figura huidiza de Fritz Steiner, el hombre que se acercó a la joven para sondearla y obtener los detalles necesarios.

En su alojamiento, ante el beneplácito de su patrona y los saludos cordiales de la portera, volvió a refugiarse en su habitación. No tenía ganas de cenar y sí mucha tarea mental por delante. Ordenadamente fué plasmando en una cuartilla sus deducciones:

Hallazgo de un diccionario alemán en poder de la pandilla, en Liverpool.

Mapa del Pacífico, frente a las costas sudamericanas de Chile.

Fritz Steiner, alemán y aviador.

Evasión misteriosa de Inglaterra del profesor Stratford.

Carta pretendiendo comprar algo al profesor.

Y, por último, la estampilla de Correos que sitúa una pista en territorio chileno, en una localidad cuyo nombre aparece incompleto en el matasellos.

Todo esto sugería una deducción más o menos arriesgada: el profesor había sido raptado en avión, por alemanes, y su punto de destino estaba situado en una desconocida del Pacífico.

Poco era, en realidad, y aventurado; pero menos había conseguido la Policía inglesa. Además, Frank disponía de una garantía moral: las palabras iracundas del profesor cuando aseguró, en un enérgico monólogo, que nadie le arrebatarla su secreto, ni con dinero ni por la violencia.

Aquella decisión iba a laborar en su provecho, tanto como el tiempo lo hacía en contra. Al día siguiente, cualquiera que fuese el resultado de las palabras de Dorothy, emprendería el vuelo hacia Chile.

Allí estaba la segunda parte del misterio, el punto que posee un interrogante. Que fuese punto final era su deseo.

Al cabo de un rato dormía apaciblemente. No pudo advertir, por ello, que un individuo con las señas físicas de Fred Latymer se ocupaba de espiarle furiosamente.

Llegado de Liverpool detrás de él, la primera ocupación del bandido fué acercarse a la casa inmediata y penetrar en ella. Sabía que los cómplices habían seguido sus instrucciones al desaparecer, pero quería cerciorarse de que no dejaron pistas en la huida.

Fue al abandonar la casa, buscando siempre las zonas de penumbra, cuando vio a Frank penetrar en el portal inmediato. Fingiéndose amigo suyo, se enteró de que estaba hospedado en la pensión de *mistress* Band, y llevó su audacia hasta subir al piso y preguntar a la patrona por el huésped.

—De ninguna forma debo despertarlo, señor —contestó la mujer, horrorizándose ante tal posibilidad—. Puede dejarle un recado, si quiere usted dármele, o su nombre...

Latymer meditó rápidamente. Luego, con el desenfado del hombre que ha hecho renuncia voluntaria de la vida, se encogió de hombros y pidió recado de escribir. Complacido, depositó él mismo, por debajo de la puerta cerrada, la siguiente nota:

«Una vez, dos y quizá tres, pueda salvarse un hombre de morir; pero es absurdo estar haciendo carantoñas al peligro frente a un enemigo poderoso. Usted ha podido denunciarme en varias ocasiones y no lo ha hecho. Es inteligente y ha conseguido burlarme. El próximo encuentro será fatal para uno de los dos. — F. L.».

A la mañana siguiente, la oficiosa *mistress* Band tenía que sufrir un réspice de su difícil huésped, precisamente por no haberle despertado.

Fué inútil que Frank avizorase de continuo a su alrededor para encontrar al hombre de Illinois. Resignado, al fin, tomó el Metro en la estación de West Acton y, luego de un transbordo en Notting Hill Gate y otro en Oxford Circus: siguió rumbo al Norte, hasta Baker Street.

Se apeó allí, seguro de que nadie le seguía, y encontró en una casa filatélica una colección de sellos chilenos. Con ellos en el bolsillo acudió a la casita de Regenta Park, y entregó al mayordomo del profesor su segundo donativo.

El coleccionista lo recibió con mayor unción, si cabe, que las libras esterlinas.

—Debo pedirle —dijo el federal—, como compensación, el sello que me mostró usted ayer. ¡Lo necesito para seguir la pista de Stratford!

—El álbum entero le daría, si con ello pudiese conseguir alguna cosa —contestó el viejo—. Tómelo en buena hora, y que Dios le proteja; aunque, en realidad, no comprendo para qué puede servirle.

—Estoy acostumbrado a seguir la pista incluso por el aire —dijo Frank, haciendo un guiño a la muchacha, que estaba al lado de los dos hombres—. ¿Tiene usted el último catálogo de Ivert?

—Sí, y voy a mostrárselo enseguida —exclamó el aficionado, partiendo con una agilidad impropia de sus años.

Dorothy se acercó al joven, con el aire sinuoso de una sirena de diecisiete abriles.

—No me digas que eres filatélico tú también —exclamó—. ¡No lo creería!

—Ha sido un pretexto para alejar a tu tío, pequeña. Aquí tienes tu obsequio.

Y le entregó varios paquetes de cigarrillos egipcios.

La muchacha se apresuró a ocultarlos en el interior de una olla inmensa. Sin duda, aquello no pensaba repartirlo con su pariente.

—Esta tarde, a las tres —citó—. Voy a permitir que me invites a comer.

Decididamente, aquella muchacha no tenía precio.

Lo demostró de sobremesa, luego de un copioso yantar. Apoyando mimosamente su rubia cabecita en el hombro de su acompañante, le dijo:

—Me he enterado que estás laborando por encontrar al profesor. Poco puedo decirte respecto a Fritz, y lo único es que en cierta ocasión me llevó al cine. Proyectaban una de esas películas memas en que los protagonistas encuentran una isla desierta, y al decirle yo en el descanso que eso eran patrañas de Hollywood y que no pueden existir lugares inexplorados en el mundo, me contestó, despectivo: «¡Tú qué sabes de eso!».

—¿Y qué le contestaste?

—Nada —dijo Dorothy—; porque enseguida, como arrepentido, me dio la razón, y estuvo simpatiquísimo el resto de la tarde. He pensado en ello muchas veces, aunque me figuro que la cosa no

tiene importancia.

—Más de lo que tú crees, pequeña —replicó Frank—. Tanto es así que esta tarde, si te parece, en vez de ir al baile preferiría visitar las joyerías de Picadilly. Quiero que conserves un recuerdo mío..., ¡por si no volvemos a vemos!

De forma ostensible, sin volver una sola vez la vista hacia atrás, Frank se dirigió al día siguiente, de mañana, hacia una agencia de viajes, sacando pasaje aéreo hacia Sudamérica, vía Lisboa, Natal y Montevideo.

Si Fred Latymer le seguía y pretendía hacerlo asimismo en el avión, no volvería a caer en la estratagema del «sherry-cobbler».

Tampoco podía adelantársele, ya que el avión elegido era el primero que abandonaría Inglaterra, y ni siquiera un avión civil podría competir con él en aquella larga travesía.

Su rival americano le seguía, en efecto, pero no pretendió volver a encontrarse con él en un avión de pasajeros. Por si las cosas le salían mal, puso un cable cifrado al lugar donde Frank pensaba dirigirse.

No sabía en virtud de qué regla de tres aquel hombre descubría sus secretos. Parecía dotado de una maravillosa facultad anímica, tal que si estuviera en posesión de las gafas mágicas de Cagliostro.

Ahondando en el símil de los personajes fantásticos, necesitaría poseer el ropaje del hombre invisible para eludir el encuentro de los individuos que iban a esperarle al otro lado del mar. En el caso hipotético de que pudiera librarse, antes de salir de Inglaterra, de la despedida que iba a prepararle.

Aquella noche, víspera de la partida, Frank se retiró temprano a la pensión. Necesitaba descansar, por si durante el largo trayecto que se avecinaba tenía que permanecer en una vigilia expectante.

Alguien había madrugado más que él, y empleó para penetrar en su cuarto el mismo procedimiento que el federal usó para registrar la casa vecina. Una sombra furtiva, ya bien entrada la noche, se deslizó por una escala de cuerda hasta su propio balcón.

El intruso estaba enfundado en un «maillot» negro, y llevaba los pies provistos de chanclos de goma. No eran su traje ni su calzado lo que más hubieran llamado la atención de un espectador, sino la daga buida que sujetaba entre los dientes, mientras se deslizaba por la cuerda al estilo de un moderno filibustero. La hoja acerada emitía

destellos siniestros.

No era Fred Latymer, demasiado corpulento para hacer volatines. Se trataba de un asesino a sueldo, un hombre de baja extracción que no preguntaba el nombre de la víctima ni el de su alquilador; que vendía sus servicios al mejor postor y no hubiera vacilado en volver su daga contra el que le utilizaba.

Una mariposa, posándose sobre los pétalos de una flor, produce más ruido que aquel fantasma negro al pisar la balaustrada de hierro.

Con un salto felino descendió al nivel del piso. Hacía frío; la brisa del Támesis aconsejaba cerrar las vidrieras durante la noche, y Frank no consideraba grato sentir la niebla londinense penetrar en su cuarto.

El asaltante iba prevenido para cualquier eventualidad. Sacó una ventosa de goma de su bolsillo y la aplicó al cristal de la ventana. Con un diamante cortó un círculo cerca de las fallebas, y aprovechó el paso de un vehículo por la calle para oprimir el sitio fracturado. El ruido del motor de explosión ahogó el «clic» apenas perceptible del vidrio al chascar.

La mano enguantada abrió, así, desde el exterior. Esgrimiendo el cuchillo que portaba en la boca, avanzó con paso cauteloso, de auténtico fantasma, hacia el durmiente. Apenas se divisaba un bulto arrebuñado entre sábanas.

La mano se alzó y descendió con rapidez vertiginosa, clavando el arma afilada en el centro del lecho. Como el oficiante de un culto vandálico, el asesino se deslizó de nuevo hacia el exterior, trepó por la escala y se perdió en las sombras de la noche.

A la mañana siguiente, muy temprano, *mistres* Band golpeó la puerta de su cuarto. No oyó respuesta. Volvió a insistir una y otra vez. Al cabo, desesperada, requirió la ayuda de los otros pupilos.

¡Su huésped predilecto iba a perder el avión!

VI



REGÓ al edificio de la Embajada de los Estados Unidos un hombre de unos cuarenta años, con calva incipiente y pronunciada cojera. Presentó una tarjeta que le acreditaba como comisionista, y solicitó hablar nada menos que con el propio embajador.

Fue recibido en primer lugar por un cortés y activo empleado, que trató de parar el golpe a su jefe superior. Ante la insistencia del hombre acudió un adusto secretario, y luego otro individuo que, por lo visto, era un superior jerárquico.

Todos ellos tropezaron con la tozudez del visitante, que manifestó de forma clara y definitiva su deseo de esperar al embajador dentro o fuera del edificio. Al cabo, y luego de una serie

de precauciones lógicas, el pretendido comisionista llegó a conseguir la audiencia. ¡Una de las cosas que recalca era la urgencia de ser recibido!

Penetró al fin en el despacho privado del embajador, y bastó que cambiara con éste unas palabras para que el adusto secretario recibiese una orden escueta y saliese de la habitación, dejando a los dos hombres en conferencia.

—¡Diablo! —exclamó míster Hice, empleando una palabra poco diplomática—. No le hubiera conocido a usted, Frank, de habérmelo encontrado en la calle. ¡Ni aun sabiendo que estaba en una reunión de cuatro personas!

—Es lo que pretendo, señor —contestó el federal—. Han atentado contra mi vida varias veces desde que salí de Baltimore, y algunas escapé por verdadero milagro. Ahora que creo estar acercándome a la solución del asunto encomendado, he decidido extremar las precauciones, y entre ellas he tomado la de venir a verle para que la superioridad sepa dónde me encuentro y cuáles han de ser mis primeros pasos.

—¿Es una petición de árnic, amigo mío? Cuente conmigo en todo lo necesario.

—Me gusta bandearme solo —exclamó, con gran tranquilidad, el hombre del

F. B. I.

—. Tanto es así, que en la propia Inglaterra rehusé colaborar con Scotland Yard y el I. S.; pero ahora la cosa cambia. No puedo permitir el fracaso de mi gestión, y deseo que, si soy detenido o muero, otro la continúe. Al parecer...

Durante más de dos horas, el agente especial estuvo comunicando a su embajador —máxima autoridad en Chile para él— los sucesos ocurridos y las hipótesis que barajaba. Míster Rice se asombró de que con tan pocos datos el joven hubiese montado de aquella forma el castillo de sus deducciones.

Una simple estampilla de Correos, un mapa de la Polinesia y el noviazgo de un aviador alemán con una chica de Londres le parecían, acostumbrado como estaba a apoyar sus argumentos en bases solidísimas, algo efímero e insustancial.

Empero, del mismo Washington tenía recibido encargo de auxiliar, siempre que le fuera pedido, a todo elemento integrante

del Federal Bureau of Investigación, y estaba dispuesto a cumplir órdenes. Cuando habló, lo hizo en tono reposado y seguro:

—Abundan aquí los alemanes, desde luego. Chile es uno de los países que no se asoció plenamente a nosotros en la pasada contienda, y respecto a esa localidad que menciona el matasellos de Correos, voy a facilitarle los datos que figuran en nuestro archivo.

Sin requerir los servicios del secretario, el propio embajador se levantó de su asiento y, dirigiéndose a un panel del muro, recorrió un entrepaño y apareció a sus ojos, empotrado en la pared, el bagaje secreto de la embajada.

Alineados por riguroso orden alfabético estaban datos y confidencias, comunicaciones oficiales y recortes de Prensa. Toda una labor paciente, subterránea y callada, que mostraba de inmediato una vigilancia expectante y celosa.

Al fin, tomando entre sus manos una carpeta, el embajador se acercó con ella al sofá donde estaba sentado Warren. Éste, por su parte, había hecho sitio delante de él en la mesita provista de licores y cigarrillos que había estado consumiendo.

—Lindo Blanco —dijo mister Rice— es una pequeña localidad costera, que posee una antiquísima historia. Su origen se remonta nada menos que a la época de la colonización española, y en diversas ocasiones ha sido refugio de contrabandistas y piratas. Ello se debe, principalmente, a la configuración del litoral, rocoso, que avanza como un espetón hacia el Pacífico. Aquí tiene el mapa.

Frank le echó un vistazo, antes de exclamar:

—A lo que parece, es un magnífico puerto natural. Esta lengua de tierra es como un dique fantástico contra el oleaje. ¿No tiene carta marina de los fondos?

—Pues... no; pero puedo hacer algo en su obsequio. Vea en Lindo Bianco a nuestro agregado comercial y pídale ayuda. No le preguntará nada yendo de mi parte, y ahora mismo daré orden de telegrafiarle en clave, anunciándole su visita y cursando instrucciones.

—Bien —contestó Warren—. Quedo muy satisfecho, y trataré de comunicar con usted por medio de ese hombre. ¿Cómo se llama?

—Douglas Collister. Tiene oficinas en la parte comercial del puerto, en el Paseo del Malecón. No sé exactamente el número, pero lo mandaré a pedir.

—No hace falta —atajó Frank—; pienso seguir mi costumbre de curiosear un poco antes de entrar en faena. Lo que tal vez necesite es una emisora portátil, y me fastidiaría tener que esperar a que la envíasen de Washington.

—Pudo también servirle en eso, Warren —dijo el embajador—. De aquí a un par de días la tendrá Douglas en su poder. Pídasela a el mismo, así como cualquier otra cosa que necesite.

Poco más hablaron los dos hombres. El propio embajador, ante la sorpresa de su secretario, acompañó a Frank hasta la puerta de las oficinas públicas. Después, acto seguido, procedió a, despachar con él los asuntos de trámite corrientes.

Sin embargo, el adusto secretario observó otra cosa; durante el resto del día el embajador, hombre activo y dinámico, pasó por ratos de abstracción impropios. Sin duda, la visita de aquel comisionista le había afectado más de lo usual.

Ciertamente que era para ello. Aunque el asunto no parecía estar circunscrito al territorio chileno, quedaba dentro de su más inmediata jurisdicción. Pearl Harbour, la base naval americana, podía ser llamada de un momento a otro para actuar, y la responsabilidad, en cualquier caso, recaería sobre la persona de Charlie Rice Mullaney.

—Afortunadamente —dijo Collister—, el movimiento en esta población es insignificante. Por ello creo que podré averiguar en Correos algo acerca de la persona que remitió esa carta a Londres hace veinte días. ¿Qué más desea, Warren?

—En primer lugar —contestó el agente—, saber los nombres de los barcos que han hecho escala en Lindo durante los seis meses últimos.

—También es fácil —contestó el agregado comercial—. Harley, el consignatario de buques, me envía periódicamente, relación de las naves llegadas y las mercaderías que transportan.

—Es que tal vez el barco que busco no haya traído ningún propósito mercantil. Puede ser un yate de recreo, y profundizando, un submarino. En cualquiera de los casos, debe ser un alemán o germanófilo el que depositó la carta. Si no existen yates, la labor va a ser más difícil y arriesgada. De todos modos, y mientras usted consulta con el funcionario de Correos, me agradecería repasar esas listas de fletes.

—Con quienes debe usted hablar entonces es con un viejo pescador llamado «Miserias». Retirado del servicio activo debido a su reuma, no le sería difícil encontrarle pescando a la largo del espolón. Es un hombre astuto y difícil de entrar, pero me consta que es buena persona.

Si no quiere llevarle ostensiblemente una botella de «*whisky*» en la mano, no estaría de más que se echase, al bolso una cantimplora en forma de petaca. Yo puedo proporcionarle una..., ¡pero el ladino del viejo la conoce!

Al decir esto, el comisionista sacó del bolsillo trasero del pantalón un frasco metálico y se lo mostró al joven. Éste lo examinó con interés, y preguntó, al cabo:

—¿No le importaría si se la estropeo, Douglas?

—De ningún modo. Casi... me alegraría. De esa forma la cargaré a la cuenta de gastos, y podré comprar una nueva cuando regrese a Pisagüa. ¡Aquí no las hay! —explicó.

Cuando su compatriota salió de la casa, para ir a consultar en Correos, Frank se entretuvo en golpear el envase hasta dejarlo abollado y punto menos que inservible. Luego, como viera entro las mercaderías que se apilaban en el almacén unas bombonas conteniendo ácidos, vertió un poco de clorhídrico en un recipiente de barro y sumergió en él la cantimplora.

Después de burbujear largo rato, el abollado envase adquirió color amarillo, una vez que desapareció el baño de plata que lo ennoblecía. A todo esto, el líquido que había en su interior seguía intacto, y Frank, que había recibido del agregado comercial invitación para usar su despensa, terminó de llenar el envase con una mezcla infernal.

Las listas de embarques y fletes no arrojaron ninguna luz acerca de la nacionalidad de los barcos anclados en Lindo Blanco, ni de su tripulación. El joven agente no dudaba ya de dos cosas:

Primera: que el profesor Stratford no se hallaba en territorio chileno. El mensaje recibido en Liverpool lo demostraba y, además, la reducida población de Lindo Blanco y de las localidades inmediatas no hubiera dejado de advertir la presencia de un extranjero.

Segunda: el asunto estaba llevado por alemanes. Coincidían varios datos que parecían asegurarlo, y esperaba de un momento a

otro recibir la confirmación.

Cuando media hora después llegó a su casa Douglas Collister, sus palabras fueron definitivas:

—En efecto —asintió—: la carta fue entregada por un alemán. Como le extrañase a mi amigo su aire forastero, le preguntó si pensaba permanecer mucho tiempo en estos parajes. El otro, ceñudo, le contestó que no lo sabía. Según él, había llegado en un barco de San Juan de Ulúa, y pensaba marcharse con el mismo. Lo curioso del caso es que no existe ningún barco de esa localidad que haya tocado este puerto.

Frank estaba demasiado abstraído en sus meditaciones para contestar. Guardándose en el bolsillo la cantimplora repleta de «whisky», ginebra y unas gotas amargas, se encaminó, silbando, hacia el espolón que se adentraba en el mar.

Fue un paseo de más de dos millas hasta encontrar al viejo. No lo hubiera distinguido, a pesar de su perspicacia, de no haber sido el mismo «Miserias» el que saliese a su encuentro, trepando ágilmente por entre las rocas en que estaba escondido.

—¿No tendría usted un cigarrillo, señor? —pidió—. Está condenada pipa...

Frank sacó su pitillera y tabaco. El viejo dio unas cuantas chupadas ansiosas antes de hablar de nuevo, y el federal, sabedor de que una persona locuaz se calla lo mejor de su conversación ante otro charlatán, aún no había abierto la boca.

—¿Forastero? —Tornó a inquirir «Miserias».

El joven contestó con un gruñido nada explicativo.

A su derecha, mirando hacia el fondo del espolón, las aguas eran tan pacíficas como las de un lago. En cambio, hacia la otra parte resonaban con ronco bramido en el acantilado, estremeciendo el suelo y levantando montañas de agua pulverizada.

Fingiéndose molestia por aquel ruido, Frank descendió hasta donde se hallaba el aparejo de «Miserias» y observó, alrededor del sedal, los pequeños círculos concéntricos que demostraban que algunos pececillos estaban cebándose en la carnaza.

—Desde luego, sordo no es usted —exclamó el viejo—; pero mudo..., un rato. ¡Siéntese por ahí, si gusta! Estoy acostumbrado a la compañía de estas rocas y a su silencio.

Frank miró con curiosidad el cestillo donde aún se agitaban

algunos peces recién capturados. Desde luego, si el hombre no era exigente, tenía resuelto con la pesca su alimento diario.

Como si adivinase sus ideas, el viejo volvió a hablar:

—Tengo una choza en Lindo Blanco —explicó—; pero la mayor parte de los días que hace bueno acostumbro a pernoctar por aquí, y así me evito cuatro millas de caminata entre ida y regreso.

Una mirada de extrañeza de Frank hacia la aglomeración de rocas que le rodeaba fué su único comentario. El viejo rabiaba ya por oír el tono de su voz.

—No crea —añadió— que duermo encima de estos peñascos, a la intemperie. Tengo una cueva mejor acondicionada que mi propia casa. Si le gusta el pescado, le invito a comer conmigo. ¡Tal vez así le vea abrir la boca!

—Gracias —dijo Frank—. Tome otro cigarrillo.

Y como si aquel largo discurso le hubiera, extenuado, no volvió a pronunciar palabra en la siguiente media hora. Mientras tanto, el viejo charlaba por los codos, para hacerse la ilusión de que no estaba solo.

—¿Imagina usted que estas aguas están siempre tranquilas? Algunas veces que me quedo aquí para pernoctar he observado un fuerte movimiento en algunas y en alguna ocasión, incluso roncós bramidos. Soy irlandés, y dicen en Lindo que ando siempre borracho: dos motivos que hacen sospechar a esos estúpidos que veo visiones. Lo cierto es —añadió, bajando la voz— que en estas aguas anida un monstruo y cualquier día me devorará.

Entonces juzgó Frank llegado el momento de sacar su cantimplora. Iba a largársela al viejo cuando, cambiando de parecer, bebió el primero. Chascó los labios, ante la mirada glotona del pescador.

—Un trago solo —dijo—: esto es muy fuerte.

El viejo le obedeció, pero fué un trago que dejó tambaleándose el contenido. Tosió, estornudó y le salió un manantial de lágrimas por los ojos.

Durante unos segundos Frank temió que «Miserias» se arrojase al agua: pero el viejo resistió impávido, y al fin, pudo murmurar con voz temblorosa:

—¿Fuerte eso? En Irlanda se emplea algo mejor para enjuagar los biberones.

No tardó la mezcla infernal en hacer efecto. Si antes el viejo no había dejado de hablar, ahora disparaba sus palabras como una ametralladora.

Gesticulaba con el rostro y las manos, como si le pareciese poco la lengua incansable para manifestar sus atropelladas ideas. En una ocasión, en que picó el anzuelo un pez de regular tamaño, poco faltó para que pescado y pescador se juntasen en el seno del Pacífico.

Frank echó una mano cuando ya la figurilla vacilante se inclinaba hacia el agua.

—Con esto basta por hoy —exclamó «Miserias»—. Venga conmigo, y verá que soy un excelente cocinero.

Animado por loable curiosidad, el joven le siguió por un camino propio de cabras. Detrás de una peña inmensa al lado del mar, vio una caverna muy amplia, que a la luz del atardecer semejaba la entrada de un templo gigante.

Restos de algas secas y caparazones de moluscos demostraban que la marea alta no llegaba, a invadir aquello, y cuando «Miserias» encendió un quique de petróleo, que tenía allí reservado, se advirtió que no faltaban en la cueva detalles rudimentarios de «confort».

Había, incluso agua potable, depositada en una especie de aljibe natural y que sin duda provenía de las lluvias por algún misterioso conducto. Un jergón de algas y una cocinita elaborada a fuerza, de escoplo y paciencia completaban la sumaria instalación.

El viejo se precipitó sobre los pescados, destripándolos y quitando sus escamas en un santiamén. Mientras dejaba algunos a un lado para asarlos, ensartándoles una varilla por los ojos, despojó al resto de sus espinas y los revolvió en una olla que había conocido tiempos mejores. Mientras tanto, Frank se dio buena maña para encender el fuego.

Media hora después y a la orilla del mar, una soberbia calderada, con sazón de especias y regada por la mezcla, explosiva, cimentó la amistad de dos hombres, uno de los cuales no había pronunciado media docena de palabras.

Al caer la tarde, Frank rehusó el alojamiento gratuito de «Miserias», pero prometió volver al día siguiente, con esta despedida que en sus labios tenía verdadera efusión amistosa:

—¡Adiós!

Ya en Lindo Blanco, el joven suspendió sus prácticas trapenses y habló con Douglas Collister de manera normal.

—Ese viejo es una mina —explicó—. Sin pensarlo, me ha dado la más famosa pista que puede imaginarse. Ya no tengo duda alguna de que los alemanes llegan hasta aquí empleando un submarino, y ahora... vamos a hacer entre los dos una canallada al pobre viejo.

La mirada plena de curiosidad del agregado comercial fué una verdadera pregunta.

—Tenemos que lograr que lo encierren por unos días. No creo que sea difícil buscar un pretexto y mantenerlo alejado de su cueva. ¡Necesito ocuparla por algunas noches!

—¿No sería posible confiarse a él? —preguntó Douglas al federal.

—La respuesta es obvia —contestó Frank—. Cuando no me confío plenamente a usted, de quien tengo las máximas garantías, ¿cómo voy a hacerlo a un hombre que parece una cotorra? Si es necesario, prenderemos fuego a su casa. Se le manda aviso de que está ardiendo, y cuando venga a salvar su menaje se le encierra por cualquier motivo. ¿Es que no tienen ustedes aquí leyes contra la blasfemia y la vagancia?

—Estudiaré lo que se pueda hacer —prometió Douglas—. Pero crea que me apena tal medida absurda. Ese hombre no cuenta con grandes simpatías entre el vecindario, pero de eso a arruinarle...

—¿Quién le dice que pretendo causarle un daño? En caso de que arda su casa, usted, como americano rico, iniciará una suscripción popular, que encabezará con una fuerte suma.

—¿Eh?

—No tema. El donativo lo cargaremos a los fondos secretos de la Embajada. No han terminado ahí mis peticiones, y necesito encontrar inmediatamente una escafandra con depósito de aire.

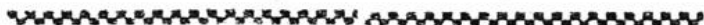
—Y ¿por qué no las zapatillas de la reina de Saba? —preguntó Douglas, alarmado.

La respuesta del agente federal acabó por sumirle en la confusión, porque afirmó, muy serio:

—Quizá se las pida más adelante.

Aquella noche Frank se deslizó en silencio, como una sombra, hacia el acantilado. En la parte más serena del mar, que justificaba el sobrenombre de «Pacífico», montó guardia permanente. No con

un fusil ni una ametralladora, sino con algo inofensivo y de más largo alcance: con un par de potentes prismáticos.



¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección.

EXTRA-OESTE

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los lectores de España y América.

VII



EPASANDO las listas de mercaderías traídas y llevadas por mar durante los últimos seis meses, Frank pasó toda la mañana siguiente, mientras su compatriota estudiaba el modo de conseguir el alejamiento de «Miserias» de aquella cueva estratégica.

El joven federal, luego de una serie de pesquisas infructuosas, acabó por sentirse defraudado. Lindo Blanco era un punto de poco tránsito, pero en medio año el número de barcos que tocaron allí resultaba demasiado numeroso.

Al fin se le ocurrió un procedimiento para simplificar su labor, que debió pensar antes de no haber estado obsesionado por los nombres de los navíos.

El sistema en cuestión consistió en ir eliminando los nombres de los barcos que apenas tocaban de tiempo en tiempo en el puerto o

que sólo habían arribado una vez a sus costas. Así confeccionó a máquina dos series de listas.

Abandonando la primera, dedicó especial atención a la de los barcos más conocidos y, en ella, la de aquellos que, viniendo de vacío, cargaban tan solo.

Así, tuvo el nombre de seis barcos. Douglas Collister, que regresó a poco con la solución para alejar a «Miserias» de la costa, le ayudó.

—Puedo responderle del «Spondriff», el «Houston» y el «Eagle». Son tres barcos ingleses que pertenecen al Lloyd's

, y cuya tripulación es netamente británica. En cuanto al «Alligator», es un barco de la Unión. Los otros dos los dejo entre sus dientes de sabueso, y voy a explicarle la fórmula para tener a «Miserias» alejado de su albergue rocoso.

Hizo una breve pausa, antes de añadir:

—Hace algún tiempo, ese pobrete tuvo un altercado con otro marintero, que resultó herido de un botellazo. Hasta ahora el agredido no mostró interés algunos en perjudicar al irascible viejo, en parte porque supuso que éste tenía razón al considerarse ofendido, pues se burló de él y de sus misteriosas alucinaciones.

—Bien. ¿Y ahora?

—He hablado esta mañana con el hombre, y de forma indirecta le he aconsejado que presente una reclamación por daños y perjuicios. No ha expirado el plazo legal para hacerlo y, de todas formas, el jefe de Policía es amigo mío.

—Así, sin que se vea su intervención en este asunto, podemos tener detenido a «Miserias», cuando se declare insolvente ante la indemnización.

—¡Exacto! Como primera providencia, ha salido ya en dirección a la costa una pareja de guardias para detenerlo.

—Siento el disgusto que vamos a causar a ese hombre, pero no hay otro remedio —confesó Frank—. No obstante procure que lo tengan preso en la enfermería y que le den un trato de favor.

—Pensaba hacerlo sin que me dijese usted nada —contestó el agregado comercial—. ¿Algo más? —preguntó, irónico.

—No olvide la escafandra que le encargué. ¡Puede hacerme falta!

—¿No irá a decirme que piensa viajar agarrado al timón de un submarino? A este paso va usted a adquirir fama de fantástico, y hará compañía a «Miserias».

—Lo que pienso —contestó el agente, con toda seriedad— es abrir una vía de agua a ese submarino, o colocarle una carga de profundidad amarrada a la hélice. Mientras tanto, para demostrarle que no soy un iluso, sigo estudiando la posibilidad de encontrar el barco que surte a la isla de víveres. ¡No creo que esa gente se alimente a base de cocos y de mariscos! Y ya que han tocado aquí, para depositar una carta, creo que es este punto el más próximo a ellos, como almacén.

—Pues quédese con sus estudios, que yo voy a presenciar la llegada de «Miserias» al pueblo. Con lo que venga soltando por su boca podrá formarse una antología de reniegos.

Douglas se marchó, y el federal aprovechó el despeje momentáneo de su cabeza para continuar la tarea. De los dos barcos que había seleccionado, uno de ellos, el «Albatros», transportaba con regularidad grandes cantidades de azúcar de las plantaciones Chilenas hasta un islote de las islas Aloe, en el archipiélago polinésico. Así, al menos, figuraba en aquellas listas de embarque.

No parecía, dada la gran cantidad del cargamento, sino que en aquellos islotes había un inmenso vecindario. Si al menos hubiera alternado la carga de sus bodegas con café, la cosa tenía una explicación. Lógicamente, la isla debía estar poblada de diabéticos.

Frank permaneció con los ojos fijos en el suelo, sin encontrar una solución a aquel problema de índole deductiva. Aburrido ante la cerrazón de ideas, abandonó el almacén, donde se apilaban inmensidad de mercancías, y se dirigió hacia la playa inmediata.

Estaba solitaria, pues el calor, a diferencia de Londres, atizaba de firme, y no hay gentes menos propensas a bañarse que los que habitan al lado mismo de la inmensa bañera.

Revolviendo con los pies la finísima arena, y en la cabeza las ideas mucho más amazacotadas, Frank. Paseó, murmurando:

—Azúcar, azúcar... ¡Azúcar!

Le parecía estar removiendo inmensos montones del dulce producto, que hubiera cambiado su color moreno, en virtud de una transmutación misteriosa, por el amarillo que tenía ante él.

Las aguas del mar, al salpicarle en la constante batida de las

olas, le traían a los labios un regusto amargo, y su imaginación, por un fenómeno de ideas asociadas, le recordó la química submarina del mar, donde se pudren cada año millones de toneladas de peces, y cuyas emanaciones bastarían a infectar el planeta, de no ser por unas algas insignificantes que ejercen el papel de antiséptico. Siguió murmurando:

—Ácidos, yodo, arena, azúcar... ¡Azúcar! —repitió, dándose una palmada en la frente.

Salió corriendo como un loco hacia el almacén de Douglas, y en él empezó a rebuscar febrilmente en las listas de embarque algo que no tardó en encontrar: ácido sulfúrico.

¡Qué torpe había sido!

Después de toda la depresión mental de aquella mañana, empezó a bailar una zarabanda sin pies ni cabeza... ¡él, que odiaba al mambo!

Douglas Collister, que dudaba un poco de sus facultades mentales, se asombró extraordinariamente, a su regreso, al verle dar saltos mortales y zapatetas. De inmediato corrió Frank a abrazarlo.

—¡Espere! ¿Qué se ha creído?

—¡Eureka! —exclamó el joven, poseído de frenesí—. ¿Cree usted que estoy trastornado?

—No lo creo, ¡lo aseguro positivamente! —contestó Douglas.

—Bueno, pues voy a decirle para quién son estas bombonas de ácido. ¡Son para el «Albatros»!

—En efecto —reconoció Collister—. ¿Cómo lo sabe?

—Voy a decirle más —añadió Frank—. La tripulación de ese barco es alemana, o yo soy tan visionario como «Miserias».

—Pues... creo que sí —corroboró, a medias, el asombrado Douglas—. Pronto podrá usted confirmarlo: los días uno y quince de cada mes atracan, con una precisión netamente germana...

—Cargan su azúcar y su ácido —continuó Frank—, algunas provisiones y se hacen a la mar rápidamente. ¿No es así?

—Acertó otra vez amigo —reconoció Collister—. Como verá —siguió—, dentro de tres días deben llegar.

—Y nosotros aprovecharemos ese tiempo para ver la forma, de introducirme en el barco. De cualquier modo, necesito ir con ellos en calidad de polizón, porque supongo —añadió, con una sonrisa Irónica— que no admitirán pasaje...

—Eso va a ser imposible —contestó el hombre de confianza del embajador—. Ahora bien: puede usted seguir al barco en avión, si lo considera necesario. ¡Tres días es tiempo suficiente para pedir uno y tenerlo preparado!

—No. ¡Eso no! —refutó el agente—. Esos tipos advertirían mi persecución y cambiarían el rumbo. Tenga presente que no se trata de una nave ordinaria, y que extremarán sus precauciones durante la travesía.

—Precisamente por eso —argumentó Douglas— es por lo que considero imposible que suba usted a bordo.

—De cualquier forma, lo haré —contestó.

—Y... ¿qué hacemos con «Miserias»?

—Un par de baños diarios, un corte de pelo y una desinfección no le vendrán mal. Iré esta noche a ocupar su guarida, y me llevaré una buena provisión de insecticida enérgico. De lo contrario, y si me decido a usar su camastro, él me llevará solito hasta la orilla del mar. ¿Qué hay de mi escafandra?

—Otra vez la escafandra... —exclamó Douglas—. ¡Creí que la había olvidado!

—Ahora menos que nunca —aseguró el joven, con tozudez—. Además necesito un taladro de mano, tornillos, ventosas de goma y un paquete de dinamita, mecha submarina y pintura luminosa.

Echándose las manos a la cabeza, él agregado comercial salió del almacén.

«Menos mal —pensaba— que la estancia del recomendado de Rice parece próxima a terminar».

Aquella noche, provisto de todo lo pedido, Frank montó guardia en la ensenada natural. Según le había dicho el viejo pescador, a través de su abrumadora charla, sentía resoplar al monstruo marino con frecuencia. No se explicaba el joven el motivo de tales visitas periódicas, pero aquella misma noche iba a saberlo.

Estaba acostumbrado a descansar en ese típico dormitar de los centinelas. El subconsciente le avisaba en el momento que advertía la más mínima cosa, y bastaba el chapoteo de un pez al perseguir a un congénere fuera del agua, la llegada de una ola con alguna violencia o el roce de un crustáceo al resbalar por una roca para que Frank abriese los ojos inmediatamente.

Dejaba deslizar la vista por la inmutable sábana líquida, y luego

de unos segundos de observación volvía a reposar con los músculos relajados y el cerebro apenas adormecido.

A medianoche —pudo observarlo por la esfera luminosa de su reloj— notó un zumbido intermitente, que le llenó de sobresalto y le hizo despabilar en el acto.

Las aguas de aquel remanso calmo parecían hervir. Unas manchas oblongas, grasientas, se extendieron por la superficie líquida perceptiblemente. Burbujas de aire emergieron hasta la superficie, abriéndose con húmedos chasquidos.

Frank, conteniendo la respiración y dando suelta a sus pies, penetró en la cueva. A los pocos minutos apareció entre las sombras, vestido de buceador.

Acentuando las precauciones, y sin perder de vista el lugar en donde aún se observaban ciertos movimientos submarinos, el joven penetró en el mar, procediendo al descenso.

Las botas, de suela de plomo, tiraban de él como dos manos siniestras hacia abajo, hacia la inmensidad negra y absorbente.

Frank comprendió que el lento y continuado embate del mar había socavado una especie de foso al pie de las rocas, y al cabo pudo hallar bajo sus plantas suelo horizontal. Entonces, alzando su mano derecha hacia la parte superior de la escafandra, oprimió el interruptor eléctrico, que hizo brotar ante él una suave luz.

Aguantando el movimiento del mar, que le lanzaba contra el farallón, el federal se volvió hacia donde adivinaba la presencia de seres humanos y además, criminales.

No tuvo que andar mucho, y llevado de una justificada prudencia, apagó la luz de la linternita eléctrica fija en el casco, al notar delante de sí una difusa claridad.

Un enorme cetáceo de acero descansaba en el lecho de arena, y a través de sus ventanales iluminados se advertía ir y venir de figuras.

¡Todo ello diluido por capas de agua, que daban a la escena un aspecto fantasmagórico, irreal, de pesadilla!

¿Qué venía a hacer allí aquel submarino? Después de averiguar que era el «Albatros» el barco que transportaba las provisiones y las materias primas para fabricar la dinamita, su presencia no tenía explicación justificada. Dada la serenidad del puerto natural, sin vigilancia costera, no parecían tener objeto alguno aquellas visitas

misteriosas.

Rodeado por un enjambre de peces, pequeñísimos y voraces, Frank siguió avanzando con cautela. Dio la vuelta al sumergible y observó cómo salía de una escotilla el ojo acodado de un periscopio. Le bastó observar los ademanes rígidos de la tripulación, a través de las claraboyas vítreas, para comprender que se hallaba frente a alemanes, como había supuesto.

Aquello era tan absurdo y fantástico como el mismo paisaje que le rodeaba. Varios meses después de terminar la guerra, aniquilado el poderío teutón y encausados los dirigentes políticos y militares en Núremberg, todavía existían guerreros que, o no sabían que terminó la guerra, o no querían reconocer la derrota.

¡Ambas cosas eran posibles, dada su ceguera y fanatismo!

Por la parte norte del submarino —si se puede llamar con propiedad la más próxima a éste, punto cardinal—. Frank observó algo que acabó de llenarle de estupor. Un oficial, dotado de potentes prismáticos, enfilaba con ellos mar adentro. No miraba por el ocular del periscopio, sino a través de la masa líquida, en un intento incesante y que producía desazón.

Más que un marino parecía una figura de cera, estática y sin movimiento.

Frank, amparado por las sombras que le rodeaban, contempló, fascinado, al hombre que espiaba a su vez.

Los minutos adquirían consistencia de horas, y éstas plenitud de eternidad. Rodeado por la masa bullente y voraz, Frank se daba a todos los diablos, tratando de averiguar la causa de aquella espera inmóvil y paciente.

Cuando empezaba a sentir el envaramiento de su forzada postura, sintió que el agua se estremecía a su alrededor y que era arrojado violentamente al suelo. Protegiendo con las manos la coraza de cristal que envolvía su cabeza, se sintió sacudido por un torbellino.

Un monstruo trepidante y maléfico pasó por encima de él, levantando oleadas de fango y arrastrándole en pos de sí como una hoja seca en poder del vendaval.

Quedó medio aturdido, tumbado en el suelo. Entonces..., ¿era cierta la afirmación de «Miserias» cuando decía que en la rada inmóvil habitaba un fantástico cetáceo?

Las aguas se encalmaron y el lodo fué posándose mansamente. Frank se puso en pie, y con el mismo coraje de Sigfrido —en busca del dragón— acudió a inspeccionar el misterio.

Vio, frente a frente, dos monstruos dantescos, megaterios diabólicos que acudiesen al aquelarre. Eran submarinos ambos, y se hallaban posados uno al lado del otro, casi tocando sus estructuras metálicas.

Dentro de su vientre de acero, los seres humanos habían cambiado su inmovilidad anterior por una actividad prodigiosa. La nave recién llegada era mayor que la otra, y su tripulación —entrevista a la escasa luz que irradiaban las claraboyas— parecía formada por seres del averno: negros y sudorosos, no había en ellos rastro de la marcialidad y el atildamiento germanos.

Un diminuto compartimiento estanco abrió hacia el exterior una boca circular, y de ella emergió un ánima cilíndrica —al parecer arma de fuego— enfilándose hacia la nave que llegó en último lugar.

Observándola atentamente, notó el agente federal una maniobra parecida.

—Si empiezan a torpedearse estoy perdido —murmuró Frank.

Afortunadamente para él, los tubos tomaron contacto hasta llegar a embutirse el uno dentro del otro. Warren comprendió al fin, y olvidando su papel pasivo sacó del zurrón que llevaba al costado los útiles de trabajo y empezó su tarea destructiva.

Como si quisiera, servir de ruido amortiguador a su trabajo, una dínamo empezó a zumbar en el interior del sumergible nodriza.

Una hora después, al ser retirados los tubos de abastecimiento de aceite pesado, Frank se alejó también a toda prisa luego de haber prendido fuego a las mechas por el sencillo procedimiento de quitar de sus extremos la cápsula impermeable.

Al contacto con el agua, la materia ignífuga de que estaban impregnadas empezó a crepitar; la cordita haría el resto.

No era una verdadera carrera académica la que emprendió Frank por el fondo del mar, pero su ingenio trabajó tanto como sus pies para salvarle la vida. Pese a la dificultad del lastre que arrastraba, parecía tener alas, y caminó en línea recta un par de docenas de yardas.

Luego encendió la luz de su casco: de ningún modo le convenía

estrellarse contra las escarpadas rocas del espolón. Estaba izándose por ellas cuando sintió el movimiento del mar, producido por las hélices de los submarinos, que se ponían en movimiento.

Se agarró desesperadamente a una peña, y aguantó. El agua parecía haberse convertido en una tromba gigante, que le sacudía como un muñeco, tratando de vencer su resistencia.

Frank resistió, no obstante, sintiendo que el aire almacenado en el depósito se iba extinguendo. Cada vez más próximos, se ceñían alrededor de su cuello los dedos incorpóreos de la muerte.

Cuando pudo asomar la cabeza a la orilla, fuera ya del agua, se desprendió de un manotazo del casco de vidrio, que cayó al agua con sordo chapoteo.

Sentándose sobre las mismas rocas, quitó de sus piernas los anillos de hierro que enroscaban el calzado, y los dejó caer también. El mono impermeable siguió el mismo camino, lastrado con una piedra.

Entonces emprendió una carrera frenética hasta Lindo Blanco. No encontró a Collister en el almacén, y se dirigió a su casa, llamando tenazmente a la puerta. El timbre sonó en el interior, haciendo levantarse a Douglas asustado.

—¿Hay fuego? —preguntó, luchando aún con el sueño—. ¿No habíamos quedado que no ardería la casa de «Miserias»?

—No se preocupe, ni me haga perder tiempo —contestó Warren—. ¿Tiene ya en su poder la emisora?

Ante el gesto afirmativo de Collister, el joven le siguió con pasos nerviosos. Ante el aparato, recién desempaquetado, manipuló activamente, y pudo por fin establecer el contacto y transmitir:

«Busquen oeste Lindo Blanco supervivientes de submarinos y capturen tripulación. *Stop*. Avisen Pearl Harbour disponer acorazado y portaaviones, y sigan día dieciséis estela luminosa que partirá Lindo. *Stop*.

L-92

. Corto».

No era lo más adecuado aquel mensaje para el estado soñoliento de Douglas Collister. Miraba a su compatriota como si dudase, una vez más, de sus facultades mentales. Frank, comprendiendo que un

poco de aire fresco le sentaría bien, se encaminó con él hacía una ventana que dominaba la bahía.

—Calculo que tendrán para media hora —dijo—. La mecha está bien comprobada. ¡Yo mismo hice arder una en el almacén antes de partir hacia la gruta!

—Pero... ¿qué diablos está usted diciendo de submarinos, acorazados y portaaviones? ¿Qué es eso de la estela luminosa?

Frank miró su reloj de pulsera, y dijo:

—La hora se aproxima. Esperemos.

Como contestación al ruido mecánico del reloj, que parecía, encontrar eco en el corazón de ambos yanquis, de la noche, serena, silenciosa, pareció extenderse por la inmensidad líquida un misterioso palpar.

Eran latidos el rumor lejano de los rompientes que azotaban el acantilado, el monótono paso de las olas en la cercana playa, el roce de las ramas acariciadas por el aire y el parpadeo de las estrellas en el cielo.

El mismo aire calmo de la habitación parecía batir, también, en la espera. Vibraba, golpeándoles las sienes, la sangre alterada que impulsaba la propia expectación.

Frank sabía, pero Douglas aguardaba tan sólo algo desconocido, misterioso, que tenía la certidumbre, contagiado por una fe repentina de presenciar en breve.

Toda la Naturaleza se había vuelto oídos y corazón. Una estrella errante, que describió en el firmamento su raya luminosa, pareció indicar el lugar donde se fraguaba la catástrofe...

De pronto, en dos sitios opuestos, y cerca ya del confín del horizonte, surgieron casi simultáneas dos fuertes llamaradas, seguidas a poco por horribles detonaciones.

—Acertó usted una vez más —confesó Collister, mirando a su compañero con aire reverente—. Las luces y el ruido son como puntos suspensivos...

—¡Dios quiera que no sean finales para nadie! —exclamó Frank, con acento lúgubre—. No estamos ya en guerra con Alemania, aunque algunos lunáticos se obstinen en hostilizarnos con piraterías aisladas.

A renglón seguido contó a su asombrado oyente los sucesos de aquella noche, y otros acaecidos en diversas partes del mundo. No

omitió un solo detalle: necesitaba confesarse a alguién.

—¡Es usted un héroe! —exclamó Douglas, convencido.

—Hasta que no reciba noticias por la emisora —contestó el joven—, me consideraré un asesino.



¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección.

EXTRA-OESTE

preferida de los lectores de España y América.

VIII



L «Albatros» llegó y cargó. Azúcar, ácidos y provisiones, descendieron a la sentina, cuyas escotillas quedaron cerradas con doble barra de seguridad.

En el puente de mando, el propio capitán vigilaba la maniobra. Parecía satisfecho de encontrar toda la mercancía dispuesta y en mejores condiciones que otras veces; pero, como no hay nada perfecto, a última hora surgió el incidente.

Una de las bombonas de ácido se derramó, a pesar de su protección de mimbre y gutapercha. El casco de vidrio, sin duda resentido, empezó a verter en el interior de la bodega su acre reserva. Collister, que vigilaba el cargamento por la parte de tierra, se apresuró a pedir a grandes voces la manga de incendios.

—¡Nein! —exclamó el capitán, traicionándose. Rápidamente se

corrigió, para continuar en castellano—: ¡Eso, no! Estropearíamos el cargamento de azúcar. Además, el ácido sulfúrico se inflama con el agua. ¡Debería usted saberlo, míster Collister!



El «Albatros» llegó y cargó. Azúcar, ácidos y provisiones descendieron a la sentina.

—Escuche —contestó a gritos el americano—; no tengo obligación de ser químico, ni siquiera de cuidar la mercancía una

vez que esté a bordo. ¡Entiéndaselas usted como quiera!

Ya estaba haciéndolo el capitán Lozano, apellido qué figuraba en la documentación del velero como correspondiente a su jefe supremo. Obligó a sacar, a sus propios marinos el ácido derramado —empapando bayetas y cabos de algodón—, pese a las quemaduras que les producía en las manos y que les hacía crisar los dientes para ahogar sus quejas.

Varios hombres del país que presenciaban el accidente comentaron entre sí, horrorizados, aquella crueldad y disciplina.

Al fin fué sofocado el siniestro, arrojando al mar varios sacos de azúcar inservible. Así y todo, del interior del «Albatros» seguía surgiendo el vapor gaseoso, sofocante y pestilente. En cubierta, los marinos de la tripulación sumergían sus manos en agua, mientras el médico de a bordo preparaba tinturas y vendajes.

En virtud de aquel accidente, al parecer casual, la mayoría de la tripulación del barco había quedado inútil para cualquier servicio activo. Durante la travesía era imposible a los marinos arriar las velas en un temporal o izarlas para aprovechar la brisa.

Incluso el propio capitán, pese a su aire dominante, comprendía que iba a necesitar ayuda para sustituir las cuadernas afectadas por el ácido.

Renegando en una mezcla de español y alemán, que justificaba su anterior desliz, cruzó la pasarela del barco y bajó a tierra. A unos pasos de él, Douglas Collister, siguiendo el plan establecido, le miraba, ceñudo.

Lozano le abordó, con una tranquilidad y campechanía en pugna con sus palabras anteriores.

—Voy a necesitar carpinteros —dijo—, y probablemente reforzar la tripulación. A grandes males, grandes remedios. ¿Puede usted ayudarme, Collister?

El americano refunfuñó un poco, antes de contestar:

—No hay gente disponible en Lindo Blanco —mintió—. Pero si no es usted demasiado exigente, puedo darle un par de individuos que están en la cárcel. Cambiarán con gusto su condena por la libertad relativa de su barco, y nosotros nos veremos libres de ellos una temporada.

—¿Delincuentes comunes? —preguntó el alemán, meticuloso.

—Uno de ellos es un viejo, borrachín y pendenciero. Honrado a

carta cabal, no creo que le preocupe a usted mucho.

—¿Y el otro? —preguntó Lozano.

—Ése es un verdadero indeseable. Tuvimos que encerrarlo durante la pasada guerra por sus simpatías con los «boches», y aún sigue preso.

Los dientes del germano crujieron al oprimir sus mandíbulas, pero no dijo todo lo que sentía. Tan sólo preguntó, con tono irónico:

—¿Y son ustedes los que se llaman paladines de la libertad y de la democracia? En Colombia no detuvimos a ningún simpatizante de ambos bandos, y no blasonamos de liberales, como ustedes.

—Es que ese tipo —aclaró Douglas, conteniendo la risa— llegó a sabotear una línea férrea cuando supo que se transportaban víveres con destino a Inglaterra. No se le fusiló porque pudo abortarse el atentado, y en Chile, afortunadamente para él, no se había proclamado la ley marcial.

—Los tomaré —contestó el capitán, sin disimular su disgusto—. De todas formas debe advertirles, sobre todo al viejo, que no toleraré la menor indisciplina a bordo.

Haciendo un gesto de conformidad con la mano derecha, Douglas se acercó a la prisión. De ese modo Frank Warren y «Miserias» entraron a formar parte de la tripulación del «Albatros».

El viejo marino iba a ser muy útil, dada su veteranía. En cuanto al americano, su fuerza física y agilidad mental le ponían en camino de ganarse la confianza del capitán Lozano.

No sabían que éste pensaba arrojarles al mar, amarrados como fardos, cuando sus marineros estuviesen curados y no precisaran los servicios de ambos hombres; pero también ignoraba el alemán que introducía a bordo, aunque fuese con carácter temporal, la cizaña que iba a echar a perder todo su cargamento, el «Albatros», a él mismo y el misterio que encerraba una isla cuya situación no estaba definida en ninguna carta marina.

El día 16, por primera vez desde hacía varios meses, el barco no salió. Una cuadrilla de carpinteros, al mando de Frank Warren, arreglaba los desperfectos del barco, mientras los marineros accidentados permanecían en sus literas retorciéndose de dolor.

Bajo la habilísima dirección del federal, la emisora portátil quedó instalada dentro de una oquedad que ni el propio capitán Lozano, o cómo diablos se llamase, hubiera podido advertir. Entre

otras razones, la tapaban los sacos de azúcar librados del percance.

En el mismo compartimiento secreto, en confuso revoltijo, había pistolas, cohetes de señales y dinamita. Cada vez que uno de los improvisados trabajadores bajaba al puerto a por herramientas o material, subía al barco cargado como un verdadero galeote.

Incluso unos bidones de aceite, saturados de una solución fosfórica brillante, habían sido vaciados con anterioridad a la llegada del «Albatros» en una de las bombonas que aparentemente contenía ácido sulfúrico.

Frank había cursado estudios de guardiamarina en un buque escuela y, por consiguiente, no podía hacer mal papel al lado del viejo «Miserias». Algunos alemanes ayudaron en la maniobra del despegue, mascullando un español incorrecto. Cuando ya se habían perdido de vista las costas chilenas, y el «Albatros» navegaba fuera de las aguas jurisdiccionales, arrojaron la máscara y empezaron a hablar en alemán.

—Ahora sí que nos hemos lucido —confesó «Miserias»—. Hemos caído poco más o menos en manos de piratas. ¿Usted entiende algo? —preguntó a Frank.

El joven estuvo tentado de confesarle que comprendía perfectamente aquel idioma, como otros varios. Su pose hermética de antes le aconsejó retrasar la respuesta y, reflexionando, decidió ignorar oficialmente el alemán.

Una cosa era demostrar simpatía por los tunantes, siguiendo el plan preconcebido, y otra alternar en su conversación. Fingiendo ignorancia, tal vez sorprendiese algún detalle, interesante.

Por tanto, contestó a «Miserias»:

—Sé, lo que quiere decir «ja» y «nein». ¡De lo demás, nada!

El capitán era tratado por los marineros con una rigidez y respeto realmente castrenses. Sus órdenes se cumplían a rajatabla, sin el menor titubeo, y una prueba de ello la dieron cuando les mandó recoger con bayetas el ácido vertido.

Si ahora, rodeados completamente por el mar y sin tierra a la vista, les hubiera ordenado arrojarse de cabeza al Pacífico, lo hubieran hecho. Frank pensó, con cierta aprensión, que la misma disciplina sería su enemigo, en cuanto que ellos despertasen la animosidad del capitán o dejaran de ser útiles a bordo.

De día, los tripulantes recién enrolados tenían bastante trabajo.

Una tarea dura y agotadora que les ocupaba catorce y dieciséis horas diarias. Cuando el cuerpo pedía descanso, Frank tenía que montar una guardia casi permanente para sorprender retazos de conversación, y comunicar la singladura del barco utilizando la emisora secreta.

Por suerte para él, la desconfianza del capitán, al impedir que utilizase el dormitorio de los otros marineros, era una ventaja notable, pues le permitía cierta libertad de movimientos. No obstante, un par de días antes de tocar tierra, cuando ya habían bordeado infinidad de islas y atolones, sorprendió una conversación entre el capitán y el timonel.

Ya desde antes los marineros teutones mostraban haber rebasado las dolorosas molestias de las quemaduras, y Frank empezó a notar cierta animosidad desde el momento en que dejaron de ser necesarios.

—Pasado mañana, a la noche, estaremos en casa —había dicho el capitán—. Hay que limpiar bien la cubierta y las bodegas.

—¡Sí, señor! —contestó el timonel, lanzando una aviesa mirada hacia el refugio de Frank y de su amigo.

Estimando la marcha del barco en unos treinta nudos por hora, y la derrota que llevaban, podía calcularse perfectamente la situación de la isla en un radio de mil quinientas millas. Esto fué lo que transmitió Frank aquella noche, aprovechando el sueño ruidoso de «Miserias». Esperó durante un par de horas febriles, con los auriculares puestos, hasta que recibió el mensaje. La descorazonadora contestación fué la siguiente.

«Destruya emisora y regrese. Abandone gestión encomendada».

—Abandone... ¡Regrese!... —dijo Frank, malhumorado.

«Es muy fácil dar órdenes —pensó—. Como si hubiese a mano un autogiro o una isla cualquiera adonde poder dirigirse a nado».

Preso en la inmensidad del mar y forzado a abandonar el velero, hubiera sido mejor encontrarse en pleno, desierto de Gobi —sin víveres ni agua— o en la llanura esteparia del casquete polar.

Además, Frank tenía un compañero al que no pensaba abandonar de ningún modo. El resto de los marineros, timonel y capitán incluidos, podían irse al diablo; pero el pobre viejo, víctima

inconsciente de la fatalidad, no podía ser dejado a su suerte, como el traje o la herramienta que ya no sirve.

Por consiguiente, pese a las instrucciones recibidas, Frank siguió en el barco. Destruyó la emisora, cortando con ello toda posibilidad de socorro, pero permaneció en el «Albatros». ¡Dispuesto a jugarse la vida, en el último momento, con todas la probabilidades de perder!

Unas horas después de recibir el aviso, cuando Frank se había abandonado al descanso, el helicóptero en el que pensó con amargura irónica sobrevolaba la región señalada en su ruta, arrojando en la oscuridad potentes bengalas de magnesio atadas a un paracaídas diminuto.

Maravillosamente, la noche se convirtió en día, mientras varios pares de ojos ávidos recorrían la superficie del mar en todas direcciones.

Luego de una búsqueda minuciosa, sin resultado, el aparato tuvo que enfilarse hacia su base por temor de agotar su reserva de combustible.

Cierta persona, a la que los tripulantes del aparato contemplaban con mal disimulado interés, permanecía con los ojos fijos obstinadamente en la inmensa esmeralda que se extendía a sus pies.

¡Era una joven morena, de acerado mirar y mandíbulas contraídas!

Cuando el helicóptero regresó a Pearl Harbour, sus ojos estaban bañados en lágrimas, tal que si el acero de su voluntad estuviera sumido en un fino temple.

La víspera de la llegada a la isla, el capitán del «Albatros» hizo llevar a su presencia a Frank. Le miró de arriba abajo, sin desprecio, lástima ni ira, y luego habló en castellano:

—Siento mucho darle una mala noticia, que deberá comunicar a su compañero. Lo cierto es que no pueden ustedes continuar a bordo, pues si lo hicieran yo sería sometido a un consejo de disciplina sumarásimos. Me duele tanto más cuanto que me informé en Lindo Blanco acerca de sus simpatías por los alemanes. ¡Yo soy alemán!

Frank no tuvo que tomarse mucho tiempo para contestar:

—Su actitud, capitán, en nada desmerece el entusiasmo que

experimento por ustedes. Los admiro por su forma rígida e inflexible de cumplir las órdenes, y acato el riesgo que corrí al embarcar. Ahora bien: le agradeceré que libre de la pena a mi compañero. Dejándole en una balsa, con víveres y agua, tal vez pueda llegar a algún sitio donde sea recogido y amparado.

—«Mein gott!» —exclamó el capitán—. Jamás vi cosa igual. En lugar de preocuparse de usted, mira por su amigo. Le doy mi palabra de marino alemán que cumpliré su encargo, pero no me pida otra cosa. ¡Usted será lanzado al mar!

Durante todo el día se habían estado formando nubarrones que anunciaban ventisca. En el momento presente, y hallándose en la cámara del capitán, no podía divisarse el cielo; pero como si todas las furias del infierno quisieran añadir su rúbrica a la sentencia de Lozano, se oyó un horrísono estampido que tabaleó en el aire cual si disparasen cien cañones.

El mismo barco pareció recibir un envite misterioso, ya que dio un salto hacia adelante a lomos de las olas, como un pez volador.

El timonel penetró en la cámara, pálido y desencajado. Había disminuido en buena parte su rigidez marcial cuando anunció, sin esperar a ser preguntado:

—Tenemos galerna, señor. ¡A menos de veinte millas de la isla!

Habló en alemán, y en el mismo idioma fué contestado:

—Arriad las velas, y que toda la tripulación suba a cubierta. Hemos de organizar el salvamento del viejo que tomamos en Lindo Blanco.

El timonel pareció a punto de protestar, pero la mirada ceñuda del capitán cortó cualquier gesto. Se cuadró, y salió disparado a transmitir las órdenes.

Si hay alguna cosa más terrible que un ciclón en tierra, que el desbordamiento de un torrente o que la avalancha de nieve que arrasa pueblos enteros, es una tormenta en el Pacífico [4].

Sin que pareciese afectado por la noticia, por el crujir de las cuadernas del bergantín y por el gemido lúgubre de sus cuerdas y velamen, el capitán se dirigió a Frank. Ambos estaban imperturbables, como dos antagonistas dispuestos a darse un abrazo mortal, como dos gladiadores que saben que no habrá clemencia para el superviviente. El alemán, desdeñando la mirada adversaria, dijo:

—Proceda usted a ayudar al salvamento de su amigo. Luego, dispóngase a morir de cualquier modo.

Frank se precipitó hacia la bodega y tomó de ella algunos barriles vacíos; pero era como intentar luchar con gigantes, dado el estado del mar. Los envases rodaban de un lado para otro, una vez perdida la posición vertical, y hubo momentos en que el federal estuvo en un tris de ser convertido por alguno en pulpa sangrienta.

Así y todo, consiguió elevar cuatro de ellos por aquella inverosímil escalerilla, luchando con más denodado esfuerzo que si tratase de salvar su propia vida.

«Miserias» le veía hacer, ayudándole cuánto podía y sorprendido por aquella actitud que consideraba fuera de lugar, puesto que el joven no le había comunicado aún la decisión de abandonarle al furor de las olas.

Con unos cuantos maderos, poniendo en cada extremo uno de los barriles, se improvisó una balsa resistente, que fué, no obstante, afianzada más con gruesas maromas.

Mientras trabajaba contra el mar y el cabeceo del barco, Frank había dado orden al viejo de proveerse de agua y víveres para algún tiempo. La luz de una realidad bien tétrica, por cierto, fué haciéndose paso en el cerebro de «Miserias», que colaboró activamente, pensando que el joven iba a ser su compañero.

—Ahora —dijo el americano— amárrese bien y espere a que una de las olas que azota el barco le arrastre con ella. Después..., ¡buena suerte!

—¿Y usted? —preguntó el viejo, temblándole la barba de pavor—. ¿No viene?

—He de quedarme aquí, amigo, por la fuerza. Los dos —añadió, mirando al océano, cuyas aguas parecían hervir como en una caldera inmensa— tenemos las mismas probabilidades de perecer.

Aunque estaban todas las velas arriadas, recogidas, para hacer el menor bulto posible a la potencia del viento, el «Albatros» parecía un potro lanzado a un hándicap de pesadilla; uno de los corceles del Apocalipsis que se hubiese quedado atrás y deseara, a fuerza de saltos inverosímiles, reunirse con sus alucinantes compañeros.

Tan pronto subía a lomos de una ola —de altura incalculable— como descendía al fondo de un abismo, envuelto en torbellinos de espuma y movedizas paredes.

Dos marineros habían sido arrancados por el monstruo tentacular y desaparecieron, sin un gemido, en las profundidades infinitas. Los relámpagos y los truenos ponían en aquella escena livideces y fragores que empequeñecían cualquier escena fantasmagórica.

Una de las veces que Frank volvió la cabeza, firmemente asido a un cordaje, ya no vio a «Miserias».

Entonces empezó a actuar. Cohibido por la presencia del querido charlatán, había presenciado de forma pasiva el desenlace de los acontecimientos. Ahora iba a luchar de forma activísima. Tenía sus armas —sin necesidad de robárselas al enemigo—, e iba a dejar constancia, en el escenario trágico de un cascarrón de nuez, de la decisión y coraje que puede animar a un americano en el cumplimiento de su deber.

Cuando lo creyera concluso sería el momento de arrojar, espontáneamente, a la sima multiforme en cuyo interior luchaban la vida y la muerte su eterna batalla.

Antes de llegar a la bodega y de precipitarse sobre el montón ingente de los sacos de azúcar, notó el acre olor del ácido que se derramaba por todas partes. En medio de verdaderas tufaradas asfixiantes, rehuyendo el contacto abrasador del líquido, se precipitó hacia el escondrijo donde guardaba sus armas.

Descorrió la hábil trampilla y prendió fuego al rollo de mecha, que cebaría en momento oportuno la dinamita. Con un revólver en el bolsillo y esgrimiendo otro en la mano derecha, volvió a subir a cubierta y avanzó en busca del capitán Lozano, el moderno filibustero que se atrevía a disponer de las vidas ajenas.

Lo encontró refugiado en su cámara, pero no huyendo cobardemente, sino anotando con precipitación unos datos en el diario de a bordo. A su lado tenía una caja de fina chapa metálica, revestida de una cubierta impermeable y de una pequeña boya flotante.

Alzó la cabeza —como un fino sabueso—, venteando al enemigo que acudía a su encuentro.

No podía ver el revólver que Frank esgrimía, porque se lo ocultaba el castillete de madera donde se sujetaba el joven, de precario, ante el terrible balanceo del barco. Tal vez una intuición maléfica, la misma que le hizo rehusar la salvación de Frank,

pareció advertirle.

—¿Qué viene a buscar aquí? —dijo, tapando con una mano el libro donde escribía, como si la distancia y la escasa luz no fueran suficiente obstáculo.

—Algo de muy poco valor —contestó Warren, en alemán—. ¡Su propia vida! Pero le voy a dar una posibilidad que a mí no me concedieron: defenderse.

—¿Quién es usted? —Tornó a preguntar el capitán, sumergiendo una mano en uno de sus bolsillos.

—Un americano que trata de hundir su maldita isla y de salvar al hombre que tienen secuestrado.

—¡Espía! ¡Maldito agente! Pues bien: ¡aquí tiene mi respuesta!

De no haber estado Frank alerta, en aquel mismo momento y lugar hubieran terminado sus aventuras.

Un abejorro de plomo acudió zumbando al encuentro de su carne, para cebarse en ella; pero el joven eludió el disparo, que esperaba.

Atacó, a su vez, dando un salto inverosímil a favor de un bandazo del barco. Colocándose al lado mismo del capitán, disparó a boca de jarro, con una sangre fría y unos nervios que no consiguieron alterar la visión horrorosa de un cráneo destrozado.

Las últimas palabras del capitán Lozano quedaron sin anotar en el libro; pero a la usanza de los antiguos pactos con el diablo, las rubricó con su propia sangre.

Cayó de lado, boqueando, y no sería aventurado decir que antes de llegar al suelo estaba muerto.

Sin perder un instante, Frank se precipitó sobre el libro y, cerrándolo, lo envolvió en su funda impermeable. El asa de ésta se hallaba unida de forma sólida a una boya metálica, del tamaño de una bombona, que Frank cogió entre sus dos manos al dirigirse a cubierta.

En el momento en que cruzaba el umbral de la cámara se encontró de manos a boca con el timonel, el hombre que había recibido el encargo de eliminarlo.

De una ojeada se dio cuenta de lo sucedido. La gorra del capitán, desprendida al caer éste, danzaba de un lado para otro a cada movimiento. Ya no era la inmaculada visera de siempre. Sucia y deslucida, tenía unas salpicaduras rojizas que pregonaban violencia.

—¡No saldrás vivo de aquí, perro! —exclamó, avanzando, amenazador, hacia el americano.

Frank no contestó. Conforme se veía con la boya entre las manos, estaba imposibilitado de volver a utilizar el revólver. En cambio, el timonel buscaba la forma de herirlo creyéndole indefenso.

Un solo disparo sería fatal, aunque no le diese; en el momento en que atravesara aquel casco metálico, las esperanzas del joven quedarían aventadas.

¡No sería sino una molécula, más, en medio de la zarabanda espantosa!

Así, mientras el timonel buscaba un resquicio para disparar al cuerpo del joven, éste avanzó bruscamente. Dio tal salto que golpeó con la misma boya en el rostro del hombre que buscaba su ruina, y le hizo retroceder, perdido el equilibrio, y cayendo cuan largo era sobre cubierta.

Animado de un espíritu vengador, sin tener en cuenta imperativos piadosos, Frank siguió golpeando el hombre que aún no había desistido de luchar. Pisó con el pie izquierdo su mano armada y golpeó una y otra vez el rostro odioso, hasta llegar a convertirlo en una pulpa sanguinolenta.

Una ola inmensa, una montaña líquida, barrió a la vez del «Albatros» a vencedor y vencido.

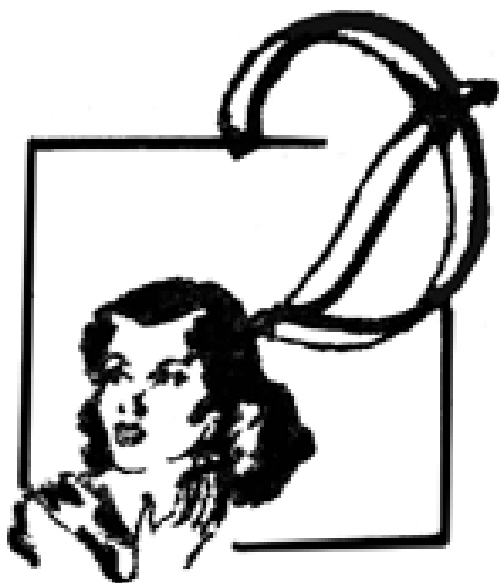
ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS

¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

IX



EJANDOSE llevar a la deriva por el oleaje, sujeto a la boya y reservando sus fuerzas, Frank se fué alejando del casco del «Albatros», a favor de la misma corriente.

Ya se alcanzaban a divisar, por el Sur, estrellas fijas, de tan fuerte resplandor que recordaron a Frank las luces de Filadelfia.

Estaban demasiado cerca del mar para ser cuerpos estelares. A contraluz, por la parte de Oriente, iba apareciendo una lechosa claridad que permitía observar al «Albatros», juguete de las olas en un tobogán indescriptible.

A menos de dos millas de la costa, empujado por el fuerte viento a favor, el velero pareció desintegrarse. Una terrible llamarada recortó con claridad su silueta durante breves segundos. Luego, al estallar el resto de las bombonas de ácido, llegó a extenderse sobre la superficie líquida una neblina venenosa, tal que las fumarolas de

un volcán o el aliento emponzoñado de un monstruo de leyenda.

Después, cual si la furia del mar consistiera en apoderarse de aquella presa huidiza, se abrió una sima y el barco fué engullido lentamente. Algunas pequeñas figuras humanas fueron absorbidas por la tremenda succión; otras, agarradas ansiosamente a tablas y fragmentos flotantes, quedaron en la superficie luchando por la supervivencia.

Frank era una de ellas, y les llevaba cierta ventaja.

Entonces, viendo que la calma del mar y el día naciente podían convertirse también en enemigos, empezó a nadar en busca de la isla cuya silueta se perfilaba ya y hacia la parte más abrupta de la misma.

Desdeñó las playas, prefiriendo las rompientes rocosas antes que enfrentarse con adversarios humanos. Así, en la semipenumbra de la alborada, pudo atravesar el cinturón mugiente y avanzar hacia una caleta que le ofrecía seguro refugio.

Su primer acto no fué estrujar sus ropas ni abrir el libro que portaba. Se hincó materialmente en el suelo, de hinojos, y elevó su mirada al Cielo.

Fué toda una oración. Jamás las palabras hubieran podido expresar de aquel modo su gratitud.

Dejando el libro escondido —sin preocuparse de los misterios que pudiera encerrar—, el federal avanzó a la carrera, a trompicones, por entre las rocas.

Cerca de él, invitadora, se ofrecía la arena de una playa suave y tersa. Frank eligió aquel agreste y peligroso camino antes que pisar un lugar en el que quedarían marcadas sus huellas como pista indeleble. Sólo cuando encontró a su paso un arroyo de agua potable remontó la corriente, protegido de la vista de posibles enemigos por su ribera.

Dos millas más arriba vio que se alzaban ante él unas construcciones extrañas. Detuvo sus pasos y buscó refugio.

Tenía agua, pero no provisiones ni armas en plena ciudadela enemiga. Sus revólveres estaban inservibles, y sólo podía esgrimirlos, como amenaza, en caso de peligro.

No le interesaba atacar, de momento. Le convenía más localizar el sitio donde se hallaba el profesor Stratford, y ponerse en comunicación con él. No le sería imposible, ni siquiera difícil, ya

que la isla constituía en si una prisión sin posible escapatoria.

Hasta que transcurriese un día entero y las sombras de la noche volvieran a protegerlo, lo único interesante para él era encontrar alimentos y una atalaya de observación. Ambas cosas podía proporcionárselas cualquiera de las esbeltas palmeras que crecían por doquier, y procedió a escalar una de las más corpulentas, seguro de que sería también la más alta.

Los restos de las pencas le servían de magníficos escalones. Arriba tenía fruta y agua, a la vez, en los abundantes cocos. También poseía un espléndido y seguro mirador.

¿Qué más podía pedir? ¡La vida seguía siendo bella!

Horas más tarde, Frank tenía grabado en la memoria el emplazamiento de las distintas instalaciones y defensas. Había temido, por un momento, que existiesen trampas o alambradas eléctricas imposibles de rebasar; pero, reflexionando, comprendió que ello no era lógico. En la isla no había ningún salto de agua, ni molinos de viento que pudiesen proporcionar el fluido, y los pocos acumuladores o baterías de que dispusieran los alemanes tendrían que emplearlos para el alumbrado y para mover pequeñas maquinarias. Sólo al elemento humano debía temer y, en tal caso, tanto valía un hombre como otro.

Frank, después de sus reflexiones, se permitió el lujo de echar un sueño en aquella elevada plataforma. Para evitar una caída, extendió brazos y piernas hacia el suelo en una encrucijada de ramas. Ambas extremidades quedaban bien disimuladas por el follaje de la palmera.

Despertó a media tarde, y no por falta de sueño, sino a causa de un ruido profundo y continuo que hacía temblar el mismo aire. Desde su magnífico observatorio, Frank asistió a un espectáculo curioso y emocionante.

De una rada lejana vio emerger varios sumergibles, hasta componer una flotilla de ocho unidades. Las naves se dirigieron en línea recta hacia el mar y luego se desplegaron en abanico, cada una en distinta dirección.

Tal vez fuesen a preparar nuevas piraterías; quizá tan sólo a tratar de localizar el paradero de los dos submarinos que no habían regresado a la base.

Coincidiendo con las primeras sombras del crepúsculo, que en

las regiones tropicales es apenas una brevísima transición entre el día y la noche, Frank se deslizó por el tronco de la palmera. Tenía ya, como objetivo de sus pasos, una construcción cilíndrica que brillaba al sol como si fuera metálica.

Para llegar a ella tenía bien estudiado el camino, a través de unas plantaciones de hortalizas. Seguiría arroyo arriba hasta llegar a una acequia de riego, y continuándola tenía que alcanzar su objetivo, sin dejar huellas.

Una hora después estaba en las proximidades de aquel inmenso cilindro. Lo tocó, con cierta aprensión, y comprendió que eran ciertos sus presentimientos; la superficie viscosa resonó bajo sus dedos con sonido metálico.

No tenía ventanas ni orificios de ninguna clase, y Frank dudaba del uso a que estaría destinada cuando, de pronto, le sobrecogió un sudor frío.

Estaba a un paso del más gigantesco artificio de guerra que se ideó hasta la fecha. ¡Aquello era, simplemente, un cañón! Tal vez un nuevo modelo de pista de lanzamiento de bombas volantes, pero que podía servir tanto para lanzar sus proyectiles hasta la estratosfera como para disparar terribles andanadas a cualquiera de los puntos cardinales.

Con aquel artefacto, la isla era prácticamente imbatible. La temible fuerza de retroceso de aquel ingenio bélico debía ser horrorosa también, ya que no tenía cureña, ruedas o cualquier otro sistema para atenuar la expulsión de los gases.

Frank pensó que si en la isla no había centinelas visibles, no por eso debían de faltar. Según avanzaba vio entre un tupido bosque de cocoteros una hoguera de pequeñas dimensiones, alrededor de la cual estaban sentados tres hombres. Dos de ellos tenían casco auricular.

Al resplandor de las llamas observó, cerca ya de la copa de los árboles, una gigantesca red metálica. Entonces comprendió el porqué de la aparente indefensión de la isla. Aquello era una potentísima instalación de radar, que bastaba para vigilar, a la vez, el cielo y el mar circundante.

Arrastrándose con una suavidad de movimientos que hubiera envidiado un felino, Frank alcanzó a oír la conversación de los centinelas.

Hablaban en alemán, y por sus palabras, alcanzadas a medias, el joven comprendió que estaban refiriendo, lejos de toda vigilancia y disciplina, sus últimos fracasos: la pérdida de dos submarinos y el hundimiento del «Albatros» a la vista de la isla.

Según dedujo el federal de su conversación, sólo tres marineros se habían salvado.

Cuando Latymer se enteró de que un individuo tomado en Lindo Blanco tenía los ojos grises, se puso frenético. Dijo, a grandes voces, que aquel hombre era el espía americano, como si tal característica fuera patrimonio de sus compatriotas.

—Lo peor para él —dijo otro soldado— es que el comandante lo mandó encerrar, y con más vigilancia que al profesor Inglés. A lo que parece, es debido a su torpeza que ese agente embarcara en el «Albatros».

La oscuridad, propicia a la conseja y a la superstición, hizo estremecer al primer soldado perceptiblemente. Miró a todos lados, como si esperase ver de improviso al misterioso enemigo, y en realidad no andaba muy descaminado. En virtud de una maravillosa premonición, el subconsciente le avisaba de su proximidad. Tal vez sintió en sus propias entrañas el frío anticipo de la muerte.

Lo cierto es que, acercándose por última vez a la hoguera, como si necesitase calor en aquella fantástica noche tropical, habló con cierto recelo:

—Bastante he charlado con vosotros, hoy. Seguiré mi inspección, y luego me retiraré a los calabozos. ¡Allí, por lo menos, no hay peligro de sorpresas!

—Vete en buena hora, Fritz, y que te alivies... —le contestó uno de los encargados del equipo de radar, con cierto retintín—. Parece que no te encuentras muy a gusto en la isla.

—Estaba mejor en Inglaterra —confesó el aludido—. Además, allí había ocasiones de divertirse y de burlar lindamente a la Policía. No demostré miedo entonces, cuando colaboré en el rapto del profesor. Aquí, en cambio, me parece sentir que algo acecha.

Una carcajada ahogó las palabras del carcelero y sirvió de cortejo a su marcha. Siguiéndole como una sombra ingrátida, de la forma silenciosa y furtiva a la que estaba enseñado, Frank se deslizó detrás del llamado Fritz, dispuesto a poner en juego una audaz estratagema.

Al cabo de una serie de revueltas, el alemán condujo de modo inconsciente a su seguidor hasta un edificio aislado en lo alto de una eminencia. Allí estaban los prisioneros y, por consiguiente, el objetivo último de Frank. ¡Por una ironía del Destino, le llevaba hasta él un individuo que se encargó de raptarlo!

Un manojo de llaves tintineó en la cintura de Fritz Steiner. En el momento en que insertaba una para encerrarse por dentro —con sus presos— en aquel sólido refugio, el alemán oyó muy cerca el aullido lastimero de un chacal. Eran casi perceptibles, en el silencio que siguió después, los latidos del corazón del vigilante.

Estuvo tentado de cerrar la puerta y permanecer dentro de la prisión hasta que llegase el día; pero luego, reflexionando sobre las chacotas de sus amigos, y pensando que tal vez alguno de ellos fuera el causante de aquella broma, salió al exterior.

¡No podía haber coyotes ni chacales en la isla, y había que descubrir al que produjo el ruido!

La casa era circular, con tejado plano y una claraboya protegida por recios barrotes. Fritz, con el revólver dispuesto, siguió la pared en dirección al ruido, que volvió a oír frente a sí.

Extremando sus precauciones avanzó más y más, siempre precedido por la queja lastimera, que sin duda brotaba de una garganta humana.

Así continuó hasta dar completa vuelta al edificio, y al ver que no encontraba a nadie penetró en el interior, sin sospechar, ni por un momento, que el causante de su alarma estaba ya dentro de la casa-prisión.

¡Aguardándole!

Encendió la luz, y esta vez le tocó lanzar un gemido de espanto. Frente a él mismo, en actitud de lucha, vio a un desconocido.

Dos ojos grises estaban fijamente clavados en los suyos, como si pretendieran hipnotizarle; pero no fué eso lo que aterró al alemán, de temperamento infantil y sugestionable, como casi todos los de su raza. Fué un detalle sin importancia, y ajeno a la voluntad de Warren, lo que colmó la estupefacción del soldado.

La peluca con la que cubría el agente su rubia cabellera se había desteñido durante la travesía a nado y, chorreando por su rostro, le daba un aspecto estrafalario, del cual el mismo Frank estaba ignorante.

Parecía como si un pulpo hubiera hecho presa, con infinidad de tentáculos, en el rostro del agente, o como si éste contemplara a su enemigo a través de una cortinilla, muy ceñida, que desfiguraba su verdadero aspecto y le daba un aire irreal.

—Vengo a por ti, Fritz Steiner —oyó.

El aturdido retrocedió. En sus ojos se reflejaba tal pánico, que animó a Frank a continuar la pantomima.

—Dorothy se arrojó al Támesis, dolida por tu abandono. Y —siguió diciendo y avanzando— me envía a la venganza.

Aunque la conversación había sido mantenida en un tono de voz bajo y lúgubre, el alemán, al tropezar contra la pared, supo reaccionar, y dio un grito.

Como a Frank Warren no le convenía en modo alguno despertar la alarma, prescindió de su papel de vengador ultraterreno y se lanzó contra el soldado esgrimiendo los puños.

El contacto del derecho en la barbilla del alemán demostró a éste que no luchaba contra un fantasma, y se dispuso a vender cara su vida.

No obstante su posición de evidente inferioridad, contra el muro, embistió con celeridad y saña. Como si hubiera recibido un disparo, Frank se dejó caer al suelo. La mole del soldado pasó por encima de él, yendo a estrellarse contra el pavimento, a sus espaldas.

Frank, girando a su velocidad clásica, se lanzó, con movimientos precisos, hacia el caído. Prescindiendo de golpes académicos y de perder un solo minuto, golpeó de nuevo la barbilla del alemán. Esta vez no lo hizo utilizando los puños, sino agarrándole de los cabellos y aplastando su cabeza en el piso.

¡Fritz Steiner dejó de luchar!

Con la presteza de un artista de teatro, el joven se despojó de las ropas ajadas y, desvistiendo al alemán, se colocó las suyas. Dio suelta a sus cabellos de la peluca opresora que los envolvía y, mirándose en el bruído pomo de una puerta, comprendió el terror del teutón al enfrentarle. Se pasó su propia camisa —húmeda aún— por el rostro, y amarrando al inconsciente y amordazándolo emprendió la tarea de registrar los calabozos.

En uno de ellos, hecho un guiñapo, se encontraba un hombre en el que difícilmente reconoció al profesor Stratford. Sus largos

cabellos, su barba descuidada y, sobre todo su aspecto, pálido y demacrado, le hablaron claramente de tormentos físicos y morales.

Realmente, hallarse el inglés preso y en semejante estado era una garantía de que sus captores no habían conseguido que claudicase.

Luego de cerrar la puerta exterior de la casa-prisión, y de repasar el revólver del soldado, Frank probó sucesivamente las llaves del carcelero hasta encontrar la que abría la celda del inglés. Inclínándose sobre él, lo zarandeó suavemente hasta que le vio abrir los ojos.

—Stratford...

El sabio, tendido en un camastro, trató de achicarse, de empequeñecerse, de empotrarse en la pared. Al ver a un individuo vestido con el uniforme alemán, su experiencia no le sugería nada bueno. Incapaz de lucha ya, incluso de defenderse, sólo había terror en su mirada: un miedo animal, próximo a las fronteras de la locura.

—Stratford... —repitió Frank, con dulzura—. No tema. ¡Soy un amigo!

Los ojos del sabio se agrandaron un poco, pero permaneció en la misma actitud amedrentada.

—No hablaré —murmuró—. Pueden matarme, si quieren, pero no revelaré de ningún modo la forma de escapar a las vibraciones del radar. No inmunizaré los submarinos para que puedan atacar a ciudades indefensas. ¡La guerra acabó, mal que les pese, con su derrota ante el esfuerzo conjunto de los aliados!

Frank le miró con ternura. Era verdaderamente conmovedor el esfuerzo de aquel hombre, que se creía abandonado del mundo y que seguía protegiendo a ese mundo con su propia vida. ¡En una isla desconocida, a centenares de millas de cualquier lugar civilizado, prefería el martirio y el hambre a su propio desprecio!

—Estaba seguro de que no hablaría usted, Stratford —siguió el agente—. Así me lo dio a entender Eddie, su mayordomo, y lo creí. ¡Ahora acabo de confirmarlo!

El sabio se incorporó en el camastro, mirando de hito en hito a Frank.

—¿Qué nuevo truco preparan? —preguntó—. ¿Cómo sabe el nombre de mi criado?

—Hace poco más de una semana que salí de su casa, cerca de Regens Park —contestó Frank—. No hace falta que usted me crea: ¡basta con ponerle en libertad para que huya conmigo!

Una carcajada demoníaca, de persona atacada por la locura o la desesperación, rebotó entre las paredes de la celda.

No era el profesor el que había producido aquella horripilante risa. Los dos hombres se miraron, extrañados, y Frank salió a investigar.

No tuvo que andar mucho para localizar el sonido. En la celda inmediata, agarrado a los barrotes del ventanillo de la puerta, un hombre se convulsionaba en medio de una alegría vesánica, destructiva, loca.

—¡Me venciste, Bill Duncan! —exclamó, siguiendo una idea falsa que había acabado por germinar y echar raíces en su cerebro—. ¡Eres más duro que todas las asechanzas y que la misma muerte! Como hombre, y como americano, te pido que me saques de aquí...

—Voy a hacerlo —dijo Frank, con sencillez.

No temía los ojos inyectados de sangre ni la faz desencajada del que le estaba espionando. Echando mano otra vez de las llaves, buscó la que abría la puerta de la prisión. Dejándola de par en par, como el que abre la compuerta que ha de dar paso a una fiera, acudió de nuevo al lado de Latymer y le libertó totalmente.

Entonces, como había supuesto, el preso escapó como una centella, ignorando al profesor Stratford y al libertador de ambos. Se perdió en la noche, con gritos demenciales.

—¡Huyamos! —exclamó Frank, dirigiéndose al único preso que restaba—. ¡Se va a armar un cisco de todos los diablos!

A pesar de sus buenos propósitos, el sabio no podía dar un paso. Aquella dificultad la remedió Frank cargándoselo a un hombro, como si fuera un hacecillo de sarmientos. ¡El inglés, de por sí delgado, quedó durante su encierro convertido en una pavesa!

Siguiendo el cauce de la acequia de riego, y después el arroyuelo, Frank escapó en plena noche hacia el refugio rocoso donde había escondido el libro arrebatado al capitán Lozano. Una atmósfera de tragedia parecía flotar sobre la isla, y en el silencio de la noche se adivinaban sombras fantasmagóricas, gentes que corrían de uno a otro lado sin orden ni concierto.

El profesor Stratford, de vuelta ya de tantas visiones siniestras,

no parecía afectarse demasiado. Sólo alcanzaba a murmurar, con voz desmayada:

—Me muero de hambre...; pero, por caridad, un poco de agua.

—Haberlo dicho —exclamó Frank—. Hemos pasado por un arroyo magnífico.

—Agua —murmuró el sabio, como un eco de sus propias palabras.

Frank era un hombre de recursos. Por un momento pensó abrir la boya flotante con el cañón del revólver y utilizarla como recipiente, pero aún no sabía si podría serle útil en un apuro. Así, manipuló en la cubierta impermeable que protegía el libro del capitán Lozano y, recomendando al sabio un poco de paciencia, se lanzó de nuevo hacia el arroyo.

Volvió al cabo de un rato con la improvisada vasija llena de agua.

—No beba aprisa —aconsejó—. ¡Sea prudente!

Como si fuese un conjuro, al gorgoteo del profesor, tragando el líquido vital, contestó en la isla otro inmenso «glu, glu». Parecía que un aparato amplificador, de una potencia incalculable, repitiese el movimiento mecánico de Stratford.

A la débil luz de las estrellas, Frank creyó divisar el inmenso cilindro metálico que se iba hundiendo poco a poco en la tierra.

Así y todo, no comprendió, hasta que el mismo profesor, saciado ya, le explicó el fenómeno:

—Esa gente me enseñó todas sus instalaciones, tratando de convencerme para colaborar con ellos. No le extrañe que el cañón se hunda. Su sistema de amortiguar el retroceso consiste en un freno hidráulico natural.

—Pero... ¿dónde cae? ¿Dónde penetra esa masa?

—Esta isla, como todos los arrecifes coralinos del Pacífico, descansan en el agua. No es la cúspide de una montaña que emerge sobre el mar, sino un puente inverosímil sobre el abismo. ¡Podía usted haberlo aprendido en cualquier manual de geografía física!

—Fui el alumno más torpe de la clase —murmuró Frank, agachando la cabeza.

~~~~~

No existe publicación ilustrada más popular que

**AVENTURAS DEL F. B. I.**

Y tampoco logran igualar el interés de

**JEQUE BLANCO**

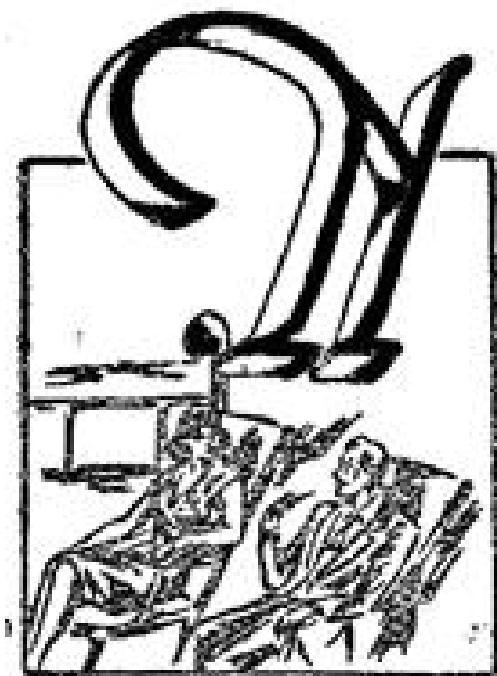
Unicamente puede comparárseles con ella, otra nueva  
creación de EDITORIAL ROLLAN

**MENDOZA COLT**

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre  
el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión  
justiciera.

**¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN  
MENDOZA COLT!**

## X



O terminaron allí los acontecimientos. Al contrario, pareció que el hundimiento de la formidable defensa de los piratas desencadenase por todas partes una nueva tormenta.

Pero esta vez iba a ser de hierro y dinamita. Inconscientes del peligro que les amenazaba, un crucero americano y un portaaviones avanzaban a toda marcha, desde varios días atrás, en busca de la isla indicada por Frank en sus mensajes.

Éste, y no otro, fué el motivo de que el alto mando del F. B. I.

, ordenase al joven abandonar su gestión.

Entre los papeles que encontró la Policía inglesa al registrar la

casa del profesor, hallaron un escrito de éste dentro de un sobre cerrado y lacrado. Abierto, leyeron su contenido:

«Si algún día, por causas ajenas a mi voluntad soy secuestrado y caigo en poder de enemigos de Inglaterra, pido a mi Gobierno que, si consigue localizar mi paradero, bombardee sin miramientos ni consideración alguna el sitio donde me halle. Voy a explicar, en líneas generales, el porqué de esta determinación.

Mi invento tiende, como he indicado al Almirantazgo, a neutralizar las radiaciones que produce en la pantana del radar cualquier cosa en movimiento, ya sea en el aire, en tierra o en los abismos del mar.

Comprendo que es un invento negativo, que ha recibido la repulsa de mi Gobierno dada su peligrosidad; pero estos trabajos me apasionan y deseo continuarlos. La potencia que tenga la posibilidad de que sus barcos, aviones o submarinos no emitan radiaciones, puede atacar a otra impunemente. ¡Y hay alguien, ajeno a Inglaterra y enemigo de ella, que me ha hecho proposiciones fantásticas de compra!

No pienso claudicar. No traicionaré nunca a mi país ni a los paladines de la paz. Empero, si las personas que me han hecho esta proposición —cuya identidad y domicilio desconozco— intentaran obtener el secreto por la violencia, ruego al Gobierno que emplee la violencia como respuesta. Incluso contra mí».

Esta carta, cuyo contenido fué comunicado a América, en virtud de pactos de mutua ayuda, hizo al Federal Bureau of Investigation encomendar la búsqueda del profesor a Frank Warren. Ahora, con la cobertura de protección de los aviones de bombardeo, una pequeña sección de la Marina yanqui, anclada en Pearl Harbour, se disponía a destruir el refugio de aquellos rebeldes, según órdenes de Washington.

Los reflectores del acorazado y del portaaviones bañaron la isla con su luz blanca y lechosa. En el cielo, a regular altura, zumbaban los motores de varios aparatos. Los equipos de radar fiscalizaban, mientras tanto, el ataque de posibles submarinos.

Luego de una serie de silbidos ominosos, la tierra entera pareció temblar en sus cimientos. Las inmensas setas de varios paracaídas acompañaron en su descenso a los proyectiles. Soldados equipados con ametralladoras ligeras enfilaban desde el aire cualquier cosa

movible qué alentase en tierra. Ráfagas siniestras cruzaban el espacio en ambas direcciones. Los parachutistas se bamboleaban en el aire, procurando ofrecer el menor blanco posible a los hombres armados que les aguardaban rodilla en tierra.

Entonces, como polluelos que corren en busca de la clueca — avisados por radio—, los submarinos dispersados acudieron a tomar parte activa en la contienda. Los torpedos cruzaron las aguas en dirección a los dos monstruos de acero, tratando de herir sus puntos vulnerables.

El acorazado y el portaaviones, a su vez, ayudados por los aviones que quedaban a bordo, empezaron a largar cargas de profundidad hacia la pléyade enemiga que no podían escudar sus ataques en el invento del sabio inglés.

—Si me da usted palabra de no moverse de aquí —dijo Frank al hombre de ciencia—, voy a tratar de ayudar a mis compatriotas. Caso de no volver, intente salvarse, y no deje de rescatar ese libro que yace a su lado.

—Vaya en buena hora, hijo —contestó Stratford—. ¡No me moveré del refugio al que usted me ha traído!

Frank se lanzó, mediante una carrera desenfrenada, en busca de enemigos. Consiguió aniquilar a bastantes, ya que su uniforme alemán le permitió atacarlos en la terrible confusión que reinaba por doquier.

No era el único que peleaba contra los soldados. Vestido de paisano, en medio de un grupo de soldados que le perseguía y acosaba, Fred Latymer se defendía como un león, a tiros, mientras le duraron las municiones del fusil que llevaba en la mano.

Así, luchando espalda contra espalda, dos americanos se identificaron al fin en el mismo deseo patriótico. Era extraño de ver el uniforme de Frank, tanto que algunas balas amigas silbaron peligrosamente cerca de él. Cuando Latymer cayó mortalmente herido, no quedaba un soldado alemán capaz de enfrentarle.

Frank, en un esfuerzo desesperado, arrastró a Latymer al amparo de un bosquecillo. Allí, inclinado sobre él, procedió a quitarle su americana y a buscar el modo de auxiliarle. El hombre de Illinois hizo un gesto que denotaba la convicción de que toda ayuda era tardía.

—Me han dado bien, Bill —dijo, sonriendo tristemente—.

Cualquier bala..., amiga o enemiga..., me encontré... Me alegro de haber hallado... la muerte al lado del que admiré desde el primer momento...

Su rictus de dolor, que reflejaba el rostro del aliado, intentó en vano fundirse en una sonrisa. De la boca del traidor surgió una floración rojiza, y sus ojos empezaron a vidriarse.

Antes del tránsito fatal, Frank tendió la mano a su compatriota, y sintió que la de éste oprimía sus dedos en un último esfuerzo. Luego, el rehabilitado quedó exánime entre los brazos del federal. Al depositarlo en tierra, el sombrero que cubría su cabeza rodó por el suelo.

No había tiempo que perder. Las bombas seguían silbando amenazadoras, repartiendo su carga de metralla. Los paracaídas, siguiendo el plan táctico, habían alcanzado puntos estratégicos, y desde allí disparaban a mansalva sobre los alemanes que aún resistían.

Frank no deseaba en modo alguno ser aniquilado por sus propios amigos, y se encasquetó el sombrero aún caliente del cadáver. Luego, desabotonándose rápidamente la guerrera, la sustituyó por la americana que quitó a Fred.

¡Cerca de él un soldado alemán, agonizante, sujetaba entre sus manos crispadas una ametralladora!

El federal le despojó de ella y se lanzó de nuevo en medio de la contienda, con redoblado fervor y un ansia infinita de exterminio. Ahora trataba de vengar también la muerte de un valiente, que se había emancipado de la tutela del crimen.

No intentó rehuir la zona luminosa de los reflectores. Poseído de una energía irreprimible, parecía estar en todas partes a la vez.

No necesitaron los paracaidistas que el federal mostrase su identidad, para comprender que era un aliado. Uno de ellos, que le observaba con atención, gritó:

—¡Frank!...

Como si hubiera recibido una descarga eléctrica, el joven se volvió hacia el lugar de donde surgiera el grito femenino. Apoyada en una roca, inmóvil y anhelante, estaba Sylvia Forrester. ¡Más bella que nunca!

Sus cabellos, parecidos a los palpitantes de la Medusa, eran hilos de cobre que transmitiesen una corriente inmaterial. Sus ojos verdes

acariciaban la figura del hombre que avanzaba hacia ella.

El aura bélica que la envolvía le daba el aspecto de una leona; pero al ver acercarse a su amado pudo más en ella el instinto maternal, femenino, y rompió a llorar. Frank, comprendiendo el peligro en que Sylvia se hallaba, y olvidando toda expansión amorosa, la tiró a tierra, arrojándose detrás de ella justo en el momento en que una granada enemiga estallaba a sus pies.

De no haber sido por tal movimiento mecánico, en el que la razón no tuvo la menor parte, aquellos dos seres que el azar había reunido —de modo inexplicable— hubieran quedado separados definitivamente.

Unos minutos después, amparados detrás de la misma roca, Frank pudo estrechar contra su pecho a la intrépida mujer. Las explicaciones quedaron aplazadas. No había tiempo que perder, pues el aniquilamiento de la isla del Pacífico, último bastión del poderío germano, avanzaba a pasos agigantados.

Una barcaza de caucho, arrojada desde el portaaviones al agua, se infló de aire automáticamente. Bajaron a ella dos marinos del buque, y tomando los remos empezaron a bogar hacia la isla, a favor de la resaca.

En la orilla esperaban ya los paracaidistas supervivientes, el profesor Stratford y Frank Warren.

Con remadas enérgicas y vigorosas el botecillo alcanzó el costado del barco. Una escalera de cuerdas pendía de la borda, y por ella se izaron, sucesivamente, los americanos que no habían sucumbido en la batalla.

Ya no restaba hacer en la isla más que una labor de policía. El gran peligro, la inmensa preocupación universal, se había esfumado en virtud de la acción heroica de un hombre y de la ayuda de parte de la Escuadra americana.

En los primeros momentos, Frank no pudo ver a Sylvia. Tenía que hacer un relato detallado de todas sus aventuras, un informe final. Así, mientras los aviones que pululaban por el aire descendían sobre la inmensa pista, plegaban sus alas y eran encerrados por medio de potentes ascensores, el joven trató de abstraerse de toda cosa personal, y llenaba, hoja tras hoja, un apretado resumen.

Le interrumpió en su trabajo un golpe que sonó en la puerta del camarote. Pensando que sería algún oficial obsequioso, ya que el

trajín de la nave excluía la presencia del capitán, Frank autorizó:

—Adelante.

La puerta se abrió y apareció en el umbral la figura de un marino uniformado.

—Tiene usted visita —anunció.

Abandonando su trabajo, Frank se levantó y avanzó sonriente. No era Sylvia la que acudía en su busca, sino «Miserias».

El viejecillo reventaba de satisfacción. Se acercó al joven, temblándole las manos de puro emocionado, y explicó su presencia:

—El comandante —dijo— ha creído necesario que venga a contar lo sucedido, para que lo incluya en su escrito.

—Pase, amigo mío —dijo Frank, olvidándose de su anterior hermetismo—. Siéntese a mi lado y dígame cómo logró salvarse.

—Gracias a usted, que me aconsejó amarrarme a la balsa. Durante horas interminables floté en el mar, emergiendo a duras penas. Lo cierto es que no se ha formado aún la ola que acabe conmigo.

—Esto me recuerda que estoy en deuda con usted, «Miserias». Olvidé poner en su balsa, con la precipitación, una botella de «whisky». Ha llegado el momento de subsanar mi error...

Palmeando al viejo marino, Frank le hizo sentarse a su lado y puso a su alcance una botella y vasos.

El anciano rechazó los envases pequeños con un gesto.

—Beberemos como en el espolón de Lindo Blanco —dijo—: a morro. ¡No debió emplear el truco de encerrarme, porque le hubiera acompañado, gustoso, en la aventura! Cuando me propongo tener la boca cerrada, no hay quien sea capaz de abrírmela.

Frank se echó a reír, y señaló el frasco de licor.

—¿Ni siquiera esto?

El viejo guardó silencio, al ser cogido en renuncio. Se acopló la botella bajo el brazo y, sin decir palabra, abandonó la estancia. Cuando el joven le vio alejarse, preguntó al oficial que le había acompañado:

—¿Ninguna otra visita, alférez?

El marino hizo un saludo y guiñó un ojo. Minutos más tarde Sylvia, con un mohín de triunfo en los ojos, avanzaba al encuentro de Frank Warren. Éste la hizo entrar en el camarote y cerró la puerta.

—Estoy muy ocupado —indicó—; pero voy a concederte unos minutos para que expliques cómo pudiste llegar aquí y qué te proponías con ello.

—En primer lugar —empezó Sylvia— debo decirte que es amigo de casa, desde hace años, uno de tus jefes inmediatos. Di aquella fiesta para mis amistades, cierto; pero es que entre ellas el inspector Dobson era la más interesante.

—¡Dobson! —dijo Frank, dando un silbido—. ¡El lugarteniente de Edgard Hoover!

—Así es —contestó Sylvia—. El hombre que ha posibilitado mi ingreso en el

F. B. I.

Era el regalo que pensaba hacerte aquella noche para corresponder al tuyo. En lo sucesivo, cuando intentes retirarme del peligro, acuérdate de que no soy una mujer, sino un camarada «en comisión de servicio».

—Aún no me has dicho, Sylvia, qué papel desempeñas en este asunto. ¿Es absolutamente secreto?

La joven iba a contestar, pero se lo impidió el trepidar del portaaviones, que levaba anclas. Al fin, dominando el temblor de sus propios labios, exclamó:

—Recoja sus papeles, Frank Warren, y cuánto considere necesario e imprescindible. Debe partir inmediatamente.

—¡Pero si ya estoy en marcha! —exclamó el federal, atónito—. No acabo de comprender...

—Obedezca, simplemente. ¡Son órdenes directas de Dobson!

De modo mecánico, Frank recogió las hojillas dispersas y el diario del capitán Lozano, donde el marino alemán había condensado importantes datos sobre la organización de la isla. Siguiendo a Sylvia abandonó el camarote, y avanzó por un largo pasillo hasta llegar a cubierta.

Todos los aviones habían sido replegados ya, excepto uno, que aguardaba con el motor en marcha. La joven mostró a Frank la abierta carlinga.

—Suba y marche rápidamente a Washington, agente —ordenó—. ¡En el camino terminará su informe!

—¿Te quedas? —dijo Frank, asombrado.

—Pues... ¡sí! —titubeó ella.

Warren pareció vencer una serie de vacilaciones interiores. Las rebasó como hasta entonces había dominado las demás contingencias, y dirigiéndose a Sylvia la tomó de la cintura y la hizo embarcar con él, a viva fuerza.

Ya en el interior de la carlinga ambos jóvenes, se explicó:

—Me dijiste, agente Forrester, que llevase a Washington todo lo que juzgase importante, y... tú eres para mi insustituible. ¡En marcha, piloto!

El avión había abandonado ya la inmensa plataforma del barco, cuando Frank se volvió hacia su novia.

—Por última vez. ¿Quieres decirme qué misión te trajo a mi lado?

—¡Qué tontísimo eres! —contestó la muchacha—. ¿Cuál había de ser? La que ansiaba desde que abandonaste Baltimore... ¿No lo comprendes? —añadió, dando un suspiro—. ¡Tu retorno!

FIN



COLECCIONES DE  
**EDITORIAL ROLLAN**  
**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

**WINCHESTER**

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

**EXTRA-OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofrantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

**AVENTURAS DEL F.B.I.**

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes espaciales del F.B.I.

Publicación quincenal — 50 pts.

**MENDOZA COLT**

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal — 1,50 pts.

**RECORTABLES  
WALT DISNEY**

a 0,50 y 1 pta.

**FORT WINCHESTER  
CONSTRUCCION  
de DOCE láminas  
a todo color  
15 ptas.**

**F. B. I. ; LA COLECCION SIN RIVAL !**

**6 PESETAS**



## NOTAS

[1] El autor debe referirse a la niebla londinense, llamada así, (N. del E.). < <

[2] Es absurdo combatir con todos los músculos en tensión y los puños cerrados, como mazas. Disponiendo de agilidad, los golpes deben idearse y hacerse efectivos en fracciones de segundo. Luego, otra vez al relajamiento, a la actitud vigilante y sin nervios, a la caza mental de las ideas del adversario antes que de su propio físico. (N. del A.). < <

[3] Es posible reconstruir un escrito, aunque lo haya devorado el fuego. Los rayos ultravioleta y la luz negra consiguen este resultado en un moderno laboratorio. (N. del T.). < <

[4] Nadie ignora que este océano, llamado así por la mansedumbre de sus aguas, tiene momentos de efervescencia más terribles que ningún otro. Los marinos prefieren cruzar sus aguas por el hemisferio septentrional antes que hacerlo por la parte del Sur, cuajada de islotes y arrecifes madreporicos, donde cualquier barco corre el peligro de estrellarse y quedar deshecho en pocos segundos. (N. del T.). < <